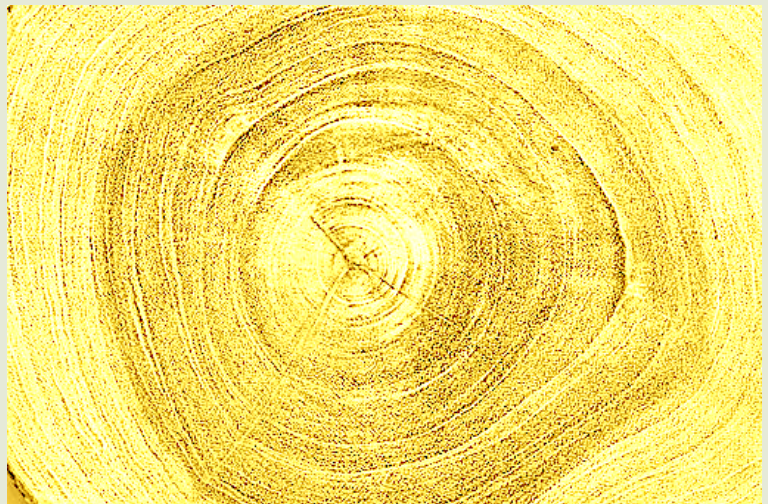


Anarquismo, Decrecimiento y Soberanía Alimentaria: un Análisis de los Puntos en Común y las Tensiones

Antonio Roman-Alcalá

Síntesis

Este artículo analiza cómo las ideas y prácticas anarquistas podrían resultar útiles para alcanzar los objetivos de las transiciones sociales hacia la soberanía alimentaria y el Decrecimiento, así como los límites de dicha utilidad. Analiza cómo diversos anarquismos se identifican con ambos conceptos y con los movimientos, ideas y prácticas asociados a ellos, así como sus implicaciones prácticas. Concluye planteando tres preguntas para quienes estén interesados en los enfoques socialistas libertarios del Decrecimiento y la soberanía alimentaria, invitándonos a reflexionar sobre la relativa marginalidad de estos marcos radicales y la importancia de contar con teorías sólidas (económicas y políticas) para una acción eficaz.



Introducción

Este artículo es un intento de impulsar un debate sobre el Decrecimiento y la soberanía alimentaria como proyectos políticos, inspirándose en ideas procedentes del amplio mundo del anarquismo, pero sin sucumbir a la tendencia y la presión existentes en la teoría de izquierda de defender una postura frente a otras, de defender una «línea» política con el fin de convertir a los demás a ella. Me parece que defender una línea política es aburrido, obsoleto y, a menudo, contraproducente. Nunca ha habido, ni habrá, certeza política sobre qué hacer. Del mismo modo, nunca habrá una

alineación política plena o garantizada, ni siquiera entre las fuerzas de «izquierda» o ampliamente antisistémicas;¹ así que, ¿por qué enmarcar lo que uno escribe para llevarnos hacia cualquiera de estos resultados? No escribo esto para convencer a otros de que el anarquismo es, por ejemplo, «el» camino hacia el Decrecimiento.

Además, es fácil descartar las teorías del cambio y las estrategias de transformación de otros diciendo que «no funcionan», un argumento recurrente en el análisis y la crítica de la izquierda (especialmente de la izquierda dogmática). Pero si somos sinceros y observamos el mundo en el que vivimos, tendríamos que admitir que nada ha funcionado hasta ahora, y que no hay nada que garantice que vaya a funcionar para escapar del sistema mundial capitalista. Si algo funciona, probablemente será el resultado de una combinación de estrategias tal y como las esbozan Schmelzer et al. (2022). Una alternativa a la arrogancia académica y activista es una aceptación sincera de la incertidumbre, sin refugiarse en la falsa certeza de las llamadas «leyes sociales» o del «socialismo científico». Interesarse por la verdad y los hechos no requiere hacer amplias generalizaciones normativas. Espero que este artículo someta sus temas a una crítica honesta, pero sin condescendencia ni presentarme a mí mismo como poseedor de las conclusiones correctas.

Con ese fin, este artículo simplemente pregunta para qué sirve el anarquismo² —en relación con el Decrecimiento y la soberanía alimentaria— y para qué no sirve. Una sección final plantea preguntas para quienes estén interesados en estos conceptos, sus interrelaciones y sus implicaciones prácticas. En lugar de intentar resumir aquí mis conclusiones, espero atraer a los lectores con una simple proposición: aunque no es una panacea, el anarquismo es, en efecto, relevante para la soberanía alimentaria y el Decrecimiento, y merece mayor atención y respeto como filosofía y orientación ontológica inspiradora, y como fuerza para la organización política concreta que puede fortalecer los movimientos sociales en general. Mi metodología es más conversacional que didáctica; más exploratoria que declarativa; más práctica que teórica o académica. Al fin y al cabo, cada una de estas categorías de conceptos o movimientos —soberanía alimentaria, Decrecimiento y anarquismo— es un mundo en sí misma, y ningún programa de investigación riguroso cabría de forma justificada en un artículo de un solo autor.

El anarquismo abarca diversas definiciones y corrientes de pensamiento contrapuestas, así como casos en los que las ideas y los comportamientos anarquistas se ajustan a sus principios generales. En su investigación histórica, Zoe Baker (2023) se aleja de esos enfoques transhistóricos del anarquismo y se centra, en cambio, en movimientos concretos, organizados e ideológicamente explícitos. Por el contrario, este artículo aborda la mezcla actual, difícil de desentrañar, del anarquismo como filosofía y como fuerza política, centrándose en la política anarquista al tiempo que reconoce su arraigo esencial en ideas ontológicas y filosóficas menos estrictamente delimitadas. Abordo aquí el «anarquismo» como un método activista antiautoritario vagamente definido y una inclinación filosófica, más que como una ideología estricta. Si bien la ideología anarquista con «A» mayúscula ofrece sin duda recursos para el pensamiento y la acción, también puede introducir de contrabando el dogma: la adhesión doctrinaria a preceptos que limitan la acción adaptativa y contextual (el más central de los cuales niega la posibilidad de cualquier beneficio social a través de instituciones jerárquicas y de compromiso). En lugar de poner en primer plano el anarquismo como una ideología de ascendencia europea, sigo a Ramnath (2011) y prefiero un anarquismo con «a minúscula» que surge en una variedad de contextos culturales:

¹ Me parece importante señalar que muchas fuerzas sociales que se oponen al crecimiento capitalista, incluidos numerosos grupos indígenas, no encajan necesariamente en las categorías políticas convencionales de origen europeo.

² Reconozco que existen múltiples variantes y corrientes del anarquismo, pero no el llamado «anarcocapitalismo». Por simplicidad, aquí me ocupo principalmente del anarquismo comunista/colectivista (también conocido como «libertarianismo»), el anarquismo de mercado («mutualismo») y las formas individualistas/insurreccionales. En la práctica, estas se solapan, se influyen mutuamente y, al mismo tiempo, se contradicen entre sí, y cada una es más compleja de lo que aquí expongo.

[El anarquismo] implica un conjunto de supuestos y principios, una tendencia u orientación recurrente —con énfasis en el movimiento hacia una dirección, no en una situación perfeccionada— hacia un poder más disperso y menos concentrado; menos jerarquía vertical y más autodeterminación a través de la participación horizontal; la libertad y la igualdad consideradas como directamente proporcionales, en lugar de inversamente proporcionales; el fomento de la individualidad y la diversidad dentro de una matriz de interconectividad, mutualidad y responsabilidad; y un amplio reconocimiento de las diversas formas que pueden adoptar las relaciones de poder y, en consecuencia, de las diversas dimensiones de la emancipación. (p. 7)

Lo que el anarquismo puede aportar al Decrecimiento y a la soberanía alimentaria

1. ¿Para qué sirve el anarquismo en relación con el Decrecimiento?

Una de las cosas por las que el anarquismo es más conocido es por criticar —en lugar de buscar— el poder tal y como opera en los movimientos de cambio social y en los procesos en los que las personas buscan generar cambios. Por supuesto, lo más conocido es su crítica al poder estatal. El anarquismo se ha asociado a menudo con la política de izquierdas, pero también cuenta con partidarios de la insurrección que rechazan las aspiraciones de cambio social orientadas a las instituciones asociadas con la «revolución» (marxista) y los nuevos órdenes sociales (de izquierdas) (Dunlap, 2020).³ Las críticas anarquistas incluyen y se solapan con las feministas, anticolonialistas y antiespecistas. Aquí, sin embargo, describo solo dos de estas críticas relevantes y cómo resultan útiles para la teorización del Decrecimiento.

La crítica anarquista a los Estados es profunda y amplia, y abarca desde la forma en que los Estados moldean la visión del mundo de la gente común hasta las infraestructuras físicas, coercitivas y violentas (por ejemplo, las fronteras) que sustentan las relaciones económicas desiguales. Quizás lo más relevante para la teorización del Decrecimiento sea el compromiso del Estado con el crecimiento. Aunque muchos teóricos de inspiración marxista, por supuesto, también señalan esta dinámica, «considerando al Estado incapaz de iniciar un cambio transformador» (o al menos con grandes dificultades para hacerlo), la mayoría acaba «haciéndole un llamamiento político para que haga precisamente esto a través de políticas ecosociales específicas» (Koch, 2022, p. 1). Desde la posición de Koch, esto es razonable, ya que «los aparatos estatales existentes pueden desempeñar un papel constructivo en una transformación ecológica y social» (Koch, 2020, p. 129). Mientras que la mayoría de los sistemas de creencias marxistas y liberales dejan espacio abierto para una expectativa tan contradictoria, el anarquismo es sistemáticamente crítico con el Estado, negándose a confiar en él como vehículo para el cambio. Considera que el poder estatal sustenta un crecimiento nocivo, es decir, un crecimiento orientado a la acumulación en lugar de a la satisfacción de las necesidades humanas, lo que inevitablemente causa daño a las comunidades humanas y no humanas.⁴

Algunos defensores del Decrecimiento van aún más lejos y abogan explícitamente por un Estado coercitivo para lograr el Decrecimiento (Bärnthaler, 2024). Frente a quienes «carecen de la comprensión de que la dominación es una característica importante y deseable de la sociedad, porque la autolimitación colectiva en un contexto de intereses sectoriales divergentes requiere un monopolio de la violencia legítima», Bärnthaler (2024) desea «establecer la voluntad

³ Dunlap se refiere aquí a Max Stirner, uno de los primeros teóricos anarquistas que defendía los enfoques insurreccionales frente a los revolucionarios. No voy a entrar aquí en el debate sobre estas posturas contradictorias, sino que solo quiero señalar que tanto la acción revolucionaria como la insurreccional son preferibles a la inacción o a la reproducción del statu quo.

⁴ El hecho de que Koch (2022, 2020), al igual que otros teóricos recientes del Decrecimiento, dedique artículos enteros a analizar teorías sobre el Estado sin tener en cuenta ni siquiera mencionar ninguna idea o a teóricos anarquistas, pone de manifiesto la posición aún marginal que ocupa el anarquismo en los estudios sobre el Decrecimiento.

de coaccionar y gobernar como [un] requisito previo para que el Decrecimiento escape a su marginación política» (p. 7). Esto resulta francamente ofensivo para un anarquista. Pero al menos es una propuesta honesta por parte de alguien dispuesto a defender y reproducir la lógica de dominación que se desarrolló bajo el poder estatal capitalista, colonial y supremacista blanco —una lógica que es esencial para reproducir ese poder. No se trata simplemente de una crítica moral al afirmar que la dominación es incorrecta, o un mal objetivo y método para quienes buscan el Decrecimiento; los anarquistas sostienen que tales puntos de vista son erróneos porque asumen que es posible cambiar el equilibrio de fuerzas de tal manera que las instituciones de dominación se reorienten a favor del Decrecimiento en lugar de en su contra.⁵ Carecen de precedentes históricos para tal reorientación, pero hay ejemplos de fracasos estatales a la hora de imponer coercitivamente medidas medioambientales entre la población (por ejemplo, las revueltas de los Chalecos Amarillos en Francia). La propuesta de Bärnthaler también carece de la imaginación del anarquismo —basada en la socialidad y la historia existentes— al no reconocer medios de «autolimitación colectiva» que no dependan de los monopolios estatales de la violencia. Los anarquistas pueden imaginar formas de organización humana que se autolimiten pero que no sean de tipo estatal. Es más, la posición final de la lógica de Bärnthaler de «Decrecimiento a través del dominio estatal» es simplemente una política estatal liberal: una política de intereses resuelta a través de las instituciones existentes. En otras palabras, una larga marcha de vuelta al statu quo.⁶

Es importante destacar que la crítica anarquista del Estado como promotor de un crecimiento nocivo implica una interpretación del condicionamiento social dentro de las instituciones estatales, y no simplemente una explicación materialista basada en el dominio del Capital, como ocurre en algunos análisis marxistas. Ciertamente, esa explicación materialista tiene sus méritos, especialmente al señalar las formas en que el dominio del capital se produce «a espaldas» de los gestores estatales debido a la «ley del valor» de Marx (Copely, 2024). Los anarquistas sostienen, al igual que algunos marxistas, que los Estados promueven el crecimiento económico mediante decisiones estructuradas para beneficiar directamente a los capitalistas existentes. Sin embargo, también señalan que las instituciones del poder estatal reproducen sociológicamente el papel de los gestores estatales, y que estos, por lo tanto, mantienen las situaciones que permiten el crecimiento con el fin de preservar su propia posición política y su poder (Baker, 2019, 2023). Esto se puede observar en cómo los partidos de izquierda en Grecia y España, una vez en el poder, pasaron a gestionar el capitalismo en lugar de poner en práctica su retórica de desafiarlo (Holloway et al., 2020). La naturaleza «a espaldas» del crecimiento capitalista a través del Estado también es visible en el predominio de demandas legítimas y comprensibles —empero limitadas en visión o ambición— de «empleos, empleos, empleos», que pocos en la izquierda se atreven a cuestionar. También existe una dinámica en la que algunos liberales progresistas quieren fortalecer el Estado frente a políticas de derecha nominalmente antisistémicas cuando estas últimas están en auge (como ocurre últimamente). Empero, la historia anarquista nos recordaría que esas mismas fuerzas estatales reforzadas se utilizarán con mayor contundencia contra la izquierda que contra la derecha. Por ejemplo, la nueva legislación «antiterrorista» en EUA se utilizó contra personas involucradas en acciones directas medioambientales (véase Pellow, 2014).

La crítica anarquista al estatismo cobra aún más importancia a medida que los líderes políticos abordan los temas medioambientales y que las políticas destinadas a abordar las cuestiones medioambientales se legitiman cada vez más y la población las espera con mayor frecuencia. Al fin y al cabo, si existe un margen para que los Estados se conviertan en «Estados ecológicos», los movimientos sociales deberían presionarlos para que lo hagan. Pero, ¿qué pasa si la naturaleza del poder estatal socava casi universalmente las iniciativas medioambientales en la medida en que estas desafían los

⁵ ¿Quizás esto sea comparable a la «dictadura del proletariado», que nunca llegó a materializarse y que se suponía que iba a marcar el comienzo de una nueva era del comunismo mediante la toma del poder estatal?

⁶ Aun así, hay que admitir que los enfoques similares al de Bärnthaler tienen una preocupación «pragmática» por lo que parece factible frente al Estado, del mismo modo que algunos socialistas, al imaginar socialismos «factibles», han abandonado la visión de Marx de una economía posmercantilista (por ejemplo, Nove, 1983).

intereses de los capitalistas y/o de los actores estatales (Davidson, 2012), y en cambio fomenta políticas que atribuyen la responsabilidad ecológica a las no élites, al tiempo que reproduce en gran medida las relaciones de poder existentes? ¿Y qué pasa si las políticas estatales, incluso cuando se promulgan por razones aparentemente ecológicas, causan daño al simplificar las socioecologías y priorizar la reproducción del poder estatal (Rolando y Barletti, 2024; Scott, 1998)? Si «el Estado en la sociedad capitalista se ve maniatado por el imperativo de la acumulación, lo que representa una barrera insuperable para que pueda aplicar políticas medioambientales suficientemente sólidas» (Davidson, 2012, p. 36), entonces es necesario elaborar otro cálculo para la estrategia de Decrecimiento.

Al hablar en términos abstractos sobre lo que podrían hacer los Estados, sería útil examinar los datos sobre lo que realmente hacen los Estados y quienes los dirigen. Autores reformistas marxistas como Koch (2022) y Bärnthaler (2024) recurren a teóricos como Gramsci, Poulantzas y Bourdieu, entre otros, para afirmar teóricamente que un Estado ecológico es posible, pero no abordan la historia reciente ni la actualidad contemporánea.⁷ ¿Están los Estados capitalistas aplicando políticas de Decrecimiento o de crecimiento, favoreciendo la ecología frente a la acumulación? Por supuesto, responder a esto es una cuestión de grado o de perspectiva, ya que siempre se podría argumentar que una política concreta quizá no sea adecuada, pero va en esa dirección —o, alternativamente, que no es suficiente aunque sea algo.⁸ Cuando miro a California y a EUA, donde vivo, parece claro que las políticas ecológicas no son imposibles, pero lo que es posible aprobar y aplicar son políticas que distan mucho de constituir el Decrecimiento o cualquier variedad de socialismo.

Existen patrones comunes en cuestiones como la reasignación de fondos estatales a las comunidades afectadas por la justicia ambiental (JA),⁹ la regulación de las emisiones de los automóviles particulares para incentivar la electrificación, los proyectos de energía solar o el mercado del carbono, que lleva décadas en funcionamiento y a través del cual el Estado ha creado y recaudado fondos para diversas prioridades políticas, incluidas las ecológicas. Al examinar estas cuestiones (p. ej., Cushing et al., 2018; Dunlap et al., 2024; Fassler, 2024; González, 2001; Liévanos, 2012; London et al., 2013; López, 2023; Pulido et al., 2016; Young et al., 2018), podríamos argumentar que el Estado (a) simplifica las complejas socioecologías para racionalizar las intervenciones, (b) prefiere formas de regulación favorables al mercado frente a las que penalizan a las empresas (por ejemplo, puede estar dispuesto a tolerar el acceso a la tierra para los agricultores socialmente desfavorecidos, pero no considera la expropiación de tierras a las empresas contaminantes para respaldar reformas agrarias que mejoren ese acceso), (c) busca apaciguar a las comunidades rebeldes, como aquellas personas de color que se han organizado en organizaciones de justicia ambiental para exigir reparación, vinculando sus fuentes de financiación estatal reparadora a las fuentes de daño ambiental (como en los fondos de comercio de derechos de emisión destinados a la justicia ambiental), (d) se retira o no aplica políticas que vayan en contra de los intereses del Capital, y (e) recorta la financiación para la respuesta climática una vez que los presupuestos se ven limitados. Puede que se trate de situaciones específicas y no generalizables, pero reflejan el escepticismo materialista hacia el ecologismo estatista, así como la reproducción arraigada de la jerarquía y el orden social de violencia estructural de los que los anarquistas acusan a los Estados.

La segunda crítica importante desde el anarquismo se centra en las formas en que el poder corrompe y merma la eficacia de las formas subalternas de cuestionar el orden establecido. Más allá de la mera «cooptación de los movimientos de la sociedad civil por parte de las burocracias estatales» (Koch, 2022, p. 7), los Estados desvían la acción

⁷ Salvatore Engel-Di Mauro (2021), por el contrario, ha analizado en profundidad la historia de las políticas medioambientales de los Estados socialistas y ha descubierto que su historial no es tan desastroso como los anarquistas y los liberales habían supuesto o creído.

⁸ Por su parte, Koch y Bärnthaler están convencidos de que pueden surgir coaliciones políticas más amplias que impulsen a los Estados hacia políticas ecológicas.

⁹ Las comunidades JA son aquellas que sufren daños medioambientales desproporcionados, normalmente debido a su origen étnico y su situación económica.

de la sociedad civil del cambio radical de múltiples maneras. Como es comprensible, los anarquistas tienden a evitar la participación directa en los procesos electorales y estatales. Pero también se muestran escépticos ante las instituciones no estatales que están organizadas jerárquicamente y que reproducen el orden social desigual de otras formas, a veces más ocultas, a menudo redirigiendo los esfuerzos radicales hacia la desmovilización de los procesos estatales. Los argumentos anarquistas describen los efectos contrarrevolucionarios del reformismo (Milstein, 2015). El ejemplo más destacado aquí es el de las organizaciones sin ánimo de lucro. Aunque no se trata de un texto explícitamente anarquista, *The Revolution Will Not Be Funded* (INCITE!, 2017) es un argumento seminal sobre la naturaleza contrainsurgente de las organizaciones sin ánimo de lucro. La colección de ensayos advierte de los efectos que se producen cuando la generación de cambio social se sitúa dentro de unidades organizativas —como ocurre en el caso de las organizaciones sin ánimo de lucro— tan fuertemente moldeadas por las regulaciones del Estado, por los ricos como financiadores y por una forma piramidal impuesta de organización social. Tales formas organizativas sin ánimo de lucro incorporan y reproducen jerarquías: personal remunerado con poder sobre voluntarios y «clientes», valoración del conocimiento «experto» por encima del de los clientes, priorización de la negociación frente a la confrontación con los poderosos, normalización de la vigilancia en la ejecución de programas coercitivos, sujetos a condiciones de recursos y punitivos, creación de divisiones entre las funciones de toma de decisiones y las ejecutivas, de modo que los programas son mínimamente configurados por aquellos a quienes pretenden servir, etcétera. Teniendo en cuenta lo habitual que es que las iniciativas de Decrecimiento y soberanía alimentaria en el Mundo Minoritario se organicen a través de organizaciones sin ánimo de lucro, podemos ver lo reveladora que puede resultar esta crítica.

Más allá de este libro concreto, encontramos críticas al poder en las formas de cambio social en todo tipo de literatura anarquista que analiza la actividad reciente de los movimientos sociales. Esto incluye críticas a los fracasos de las insurgencias socialistas autoritarias filipinas a la hora de movilizar a las clases pobres y campesinas (Umali, 2020), a la política identitaria liberal que socava el movimiento Occupy de EUA (CROATOAN, 2012), a los modelos de caridad en el contexto de la atención a las poblaciones pobres en los centros urbanos (Spade, 2020), y de las formas recalcitrantes de dominación que plagan el trabajo de «desarrollo» en el Mundo Mayoritario (Wald, 2014). También podemos observarlo en las reflexiones del movimiento sudafricano sobre las luchas por la justicia en materia de vivienda entre los más pobres (Mdlalose, 2014).

Además de sus críticas negativas, otra contribución clave del anarquismo como teoría es su teoría positiva de la ayuda mutua. La teorización original del concepto —en esencia, que para los seres humanos y otras especies es tan natural cooperar para sobrevivir como competir— fue desarrollada por el famoso anarquista Peter Kropotkin (1902). La idea ha tenido eco entre diversas poblaciones y en distintos momentos, incluso entre escépticos del anarquismo europeo como el anarquista indígena Aragorn! (2005), quien la describió como un «concepto anarquista muy tradicional». Como estrategia mediante la cual las comunidades se ayudan mutuamente de forma tangible al margen de las relaciones de intercambio, pero de manera recíproca, la ayuda mutua constituye un enfoque para desmercantilizar la supervivencia —una necesidad para los futuros de Decrecimiento—. Al abastecer a las personas con alimentos, ropa, vivienda, suministros médicos, etc., estas pueden sobrevivir y organizarse contra los sistemas de poder, especialmente cuando se politizan recientemente al participar en proyectos de ayuda mutua. Es evidente que diferentes grupos políticos utilizan estas tácticas; en manos de los no anarquistas, la ayuda puede funcionar como una obra de caridad o como una herramienta de reclutamiento para las organizaciones. Para los anarquistas, la ayuda mutua tiene como objetivo construir entre los participantes una visión alternativa de la posibilidad de un mundo (de Decrecimiento) basado en la ayuda mutua, en lugar de en las economías de intercambio y el poder estatal. Los socialistas estatistas pueden menospreciar la ayuda mutua por considerarla inadecuada para la escala de acción de Decrecimiento necesaria. Empero, al igual que la resistencia a la colonización se ha basado más en la ayuda mutua entre los pueblos originarios

que en los llamamientos al poder estatal (Benally, 2023), el trabajo de ayuda mutua existente ha contribuido sin duda a generar las afinidades y subjetividades políticas, así como las relaciones e infraestructuras materiales, que sustentan cualquier futura transición hacia el Decrecimiento. En última instancia, la ayuda mutua ayuda a los grupos subalternos a sobrevivir al capitalismo, al tiempo que recuerda tanto a sus participantes como a los espectadores que son los actores no estatales los que hacen la vida habitable, especialmente cuando el Estado no lo hace.

La ayuda mutua, a su vez, no es más que una forma de acción directa entre muchas otras. La acción directa, una vez más, no es competencia exclusiva de los anarquistas. Pero constituye un pilar de la política anarquista de una manera que pocos otros grupos políticos comparten, salvo algunas formaciones militantes y guerrilleras. En lugar de la acción política mediada que consiste en presentar peticiones a los poderosos, llevar a cabo campañas electorales o realizar gramscianamente una «larga marcha a través de las instituciones» (que rara vez conduce a un control de abajo arriba), los anarquistas organizan acciones que movilizan a la gente para interferir directamente en las injusticias, proporcionar los recursos necesarios, crear espacios para la politización hacia la autonomía e inspirar a participantes y espectadores a replantearse lo que es posible en cuanto a la autoorganización humana. Mientras que la ayuda mutua opera como una fuerza constructiva para generar poder al aliar los principios anarquistas con cualquier número de personas necesitadas, la acción directa puede ser constructiva (creando alternativas) u opositora. En efecto, teóricos anarquistas como Dunlap (2020) han destacado el enfoque de ataque del anarquismo, en contraposición a una política de mera resistencia, por propiciar resultados más transformadores, constituyendo una «subversión viral» que puede propagarse y que resulta difícil de controlar para los poderosos (p. 1005).

Los anarquistas han participado en numerosos ejemplos de acciones de oposición que podrían calificarse de «Decrecimiento en acción», poniendo en práctica el lema «¡Decrecimiento ya!». En lugar de esperar a que se produzca un cambio político, pequeños grupos que representan solo a una parte de la población están tomando medidas contra las infraestructuras del crecimiento y la acumulación capitalista, y defendiendo determinados territorios y sus vínculos con ellos. Algunos ejemplos son:

1. Las décadas de actividades del Frente de Liberación de la Tierra (ELF) contra la deforestación (el ELF es un modelo de franquicia para la organización, similar a la iniciativa de ayuda mutua «Food Not Bombs», que cuenta con más de 40 años de historia, y no una organización formal; véase Williams, 2017, para más detalles sobre el modelo de franquicia anarquista);
2. Las acciones directas del movimiento Ende Gelände para detener las operaciones de extracción de carbón en Alemania;
3. La ocupación del bosque de Hambach, en Alemania;
4. Las diversas «zonas a defender» (ZAD), movimientos de acción directa basados en el territorio que están surgiendo por toda Francia y que, al comprometerse y fusionarse con movimientos campesinos en diversas localidades francesas, evolucionaron hasta convertirse en;
5. Les Soulèvements de la Terre, una red que «ha llevado a cabo más de veinte bloqueos, ocupaciones de tierras y acciones de “desarme” (término utilizado para el sabotaje masivo contra infraestructuras tóxicas) para defender el suelo y el agua de las industrias criminales» (LST, 2024), incluidas las infraestructuras de la agricultura industrial (véase también La Vía Campesina, 2023);
6. Stop Cop City,¹⁰ un amplio movimiento contra la instalación de unas instalaciones policiales militarizadas en el bosque de Weelaunee (uno de los pocos bosques urbanos que quedan en Atlanta, Georgia, EUA), compuesto por

¹⁰ Véase <https://defendtheatlantaforest.org/>

anarquistas, abolicionistas del complejo industrial penitenciario, defensores ecologistas de los espacios verdes, la tribu local Muskogee y otros (véase Kass, 2025);

7. Las luchas anarquistas indígenas, que albergan perspectivas diversas que no siempre se basan en ideologías políticas occidentales, han participado en la defensa de territorios a lo largo de la denominada América del Norte, incluyendo las luchas de los Diné contra la profanación de la montaña de San Francisco, las de los Tohono O'odham contra los muros fronterizos, las de los siux de Standing Rock contra los oleoductos y las de los Muskogee contra Cop City (véase Benally, 2023).

Y aunque no sean anarquistas, muchos otros grupos se han organizado de manera anarquista para hacer frente a los usos capitalistas de la tierra, plantando cara a las fuerzas privadas y estatales, entre otras cosas mediante la autoorganización horizontal, la participación democrática directa y el recurso a la acción directa (Bray, 2019; Cattaneo et al., 2012). Estos enfrentamientos se remontan a hace décadas en todo el mundo. Algunos ejemplos son: las ocupaciones de tierras por parte de los sindicatos campesinos indonesios, que condujeron al establecimiento de medios de vida agroforestales cooperativos y con comunalidad (Gilbert, 2024); la resistencia de los kichwa de Sarayaku a la extracción de petróleo en Ecuador, que a su vez dio lugar a la iniciativa Yasuní ITT para dejar casi el 20 % del petróleo de ese país en el suelo (Goodman, 2015); la muy visible movilización contra el oleoducto en Standing Rock y las docenas de luchas similares en todo Estados Unidos. Podría decirse que esta resistencia ha contribuido más a construir un futuro de Decrecimiento que un centenar de artículos académicos.

Estas acciones no son marginales si se comparan con otros movimientos contemporáneos de diversa índole y temática. Las reacciones de los gobiernos ilustran claramente la percepción que tiene el Estado de la amenaza que estas acciones suponen, así como el papel clave que desempeña el Estado en la represión del Decrecimiento en la práctica.¹¹ El Estado ha respondido a Stop Cop City con violencia, intimidación y manipulando el Estado de derecho a su favor, lo que incluye presentar dudosas acusaciones de crimen organizado contra los manifestantes y matar a tiros a un ocupante anarquista del bosque de Weelaunee (Kass, 2025). Durante la reciente acción de Les Soulèvements de la Terre (2024):

En respuesta a la construcción de una mega-cuenca en Sainte-Soline, que movilizó a más de 25 000 personas, el Estado declaró la guerra a quienes luchaban por el agua. Desplegó a 3 500 policías armados que nos atacaron con más de 5 000 granadas, hiriendo y mutilando a más de 200 activistas.

Más allá de las infraestructuras perjudiciales para el medio ambiente, los movimientos de acción directa orientados al Decrecimiento aún no han puesto el punto de mira en los ámbitos donde se realiza la manufactura del consenso en torno al crecimiento capitalista. Las infraestructuras de los medios de comunicación dominantes, fundamentales para normalizar el crecimiento y las ideologías capitalistas, pero también para demonizar y deslegitimar a los movimientos de oposición, empero aún no han sentido una presión equivalente por su complicidad en la insostenibilidad capitalista.¹² Podría ser útil dirigir una atención similar hacia los productores de las violentas tecnologías de la guerra, la vigilancia estatal y la opresión, tal y como han hecho las formaciones militantes durante años, con una reciente escalada en respuesta al genocidio de Israel en Gaza (p. ej., Palestine Action, 2021).

¹¹ Esa represión es un ámbito en el que el anarquismo quizá no sea más útil que otros enfoques: avivar los conflictos con «el sistema» no conduce inevitablemente al éxito. Los defensores del medio ambiente son asesinados con frecuencia; los ejércitos reprimen a las comunidades que se rebelan; las revoluciones fracasan. Es difícil defender la confrontación ante estas posibilidades, pero quizá no haya otra alternativa.

¹² Ve esta película sobre el levantamiento de Oaxaca de 2006 para ver ejemplos de usos tanto constructivos como de oposición de los medios de comunicación (especialmente la radio).

Uno de los aspectos del abanico de acciones directas que llevan a cabo los anarquistas es la posibilidad —incómoda para algunos— de que las intervenciones y los proyectos que se ponen en marcha ahora puedan ser adoptados e institucionalizados a mayor escala, incluso mediante la cooptación por parte de gobiernos o capitalistas. Entre los ejemplos cabe citar el innovador programa de las «bicicletas blancas» del grupo de agitación y propaganda holandés Provo, una acción directa de uso compartido de bicicletas que desmercantilizaba el transporte y se oponía al dominio del automóvil y al gobierno local (Reid, 2017). Esta intervención condujo, de forma indirecta, al desarrollo de la infraestructura ciclista de los Países Bajos y al surgimiento de una cultura (y una autopercepción) favorable a la bicicleta en el país: en resumen, un mundo más orientado al Decrecimiento. También influyó en posteriores programas de bicicletas compartidas en todo el mundo, muchos de los cuales son en la actualidad propiedad de los gobiernos municipales y patrocinados por empresas. Nos guste o no, para bien o para mal, la acción directa constructiva de base es una fuente de ideas que alimenta la institucionalización del Decrecimiento.

En la mayoría de las acciones directas se persiguen objetivos concretos, pero la forma de actuar también genera beneficios colaterales para los participantes, como la educación política, la creación o consolidación de nuevas identidades y la difusión de conocimientos útiles, tales como la producción de alimentos, la gestión forestal o los primeros auxilios básicos. Dado que es necesario el crecimiento de los propios movimientos, y que resulta de utilidad práctica para las poblaciones saber cómo mantenerse y cuidarse unas a otras, la acción directa organizada con beneficios colaterales previstos es un enfoque anarquista que merece una movilización más amplia. También es importante reconocer, aunque a los anarquistas no les resulte cómodo considerarlo, que a menudo los movimientos utilizan la acción directa en combinación con estrategias reformistas y mediadas, como peticiones al gobierno o campañas de presión sobre las empresas. Muchos movimientos pasan de una táctica a otra, dependiendo de las circunstancias. En Sudáfrica, la neoliberalización y la privatización de la electricidad llevaron a los movimientos de personas pobres a pedir a la compañía eléctrica reducciones en las tarifas para los hogares individuales, hasta que esta estrategia resultó ser un fracaso general y los movimientos pasaron a piratear directamente la electricidad ellos mismos, como explicó Al-Bulushi en una entrevista (Lilley y Soong, 2024). En el caso de Occupy the Farm, la ocupación siguió a décadas de defensa reglamentaria para obtener acceso a las tierras de cultivo con fines de agroecología urbana, lo cual fue rechazado sistemáticamente por la administración de la Universidad de California (Roman-Alcalá, 2015). Los movimientos también utilizan la acción directa y la orientada al Estado de forma alterna y sinérgica, como en los meses de acciones directas de Stop Cop City antes y después de la recogida de firmas para someter la cuestión a votación en las elecciones locales.

Otro ámbito en el que el anarquismo ha demostrado su eficacia y aplicabilidad —incluso cuando no es explícitamente anarquista— es en las respuestas ante catástrofes, momentos de colapso institucional y situaciones en las que el Estado se muestra especialmente débil e incapaz de satisfacer las necesidades de la población (Firth, 2022). Una tesis de máster sobre la red estadounidense Mutual Aid Disaster Relief ilustra la relevancia de las ideas anarquistas, incluso sin centrarse en el anarquismo en sí mismo (Kenney, 2019). Otro ejemplo estadounidense es Common Ground en Nueva Orleans, fundada por anarquistas tras el huracán Katrina y que llevó a muchos a descubrir las ventajas de organizar la ayuda en caso de catástrofes de forma anarquista (Crow, 2014). Common Ground es uno de los muchos ejemplos analizados en el libro de Rebecca Solnit (2009), *A Paradise Built in Hell*, que, junto con los atentados posteriores al 11-S y los terremotos de Ciudad de México y San Francisco, muestra «que lo que ocurre en los desastres... tiende a ser anarquía en el sentido de Kropotkin, es decir, personas que se unen en una cooperación libremente elegida, más que en el sentido de los medios de comunicación de una barbarie desordenada» (p. 91). No hace falta ser anarquista para admitir que los principios anarquistas de cooperación descentralizada, horizontal y voluntaria son útiles para organizar las respuestas ante los desastres (Norris et al., 2008). Esto es cierto a efectos prácticos para satisfacer las necesidades de las personas,

pero también por los beneficios colaterales antes mencionados de la politización y la construcción de relaciones, que son útiles para las perspectivas a largo plazo del Decrecimiento. Al demostrar que las personas pueden y van a cuidarse unas a otras, la ayuda mutua anarquista enseña con el ejemplo que lo que se necesita no es necesariamente más cosas (crecimiento), sino una reorientación hacia el cuidado colectivo (Decrecimiento).¹³

Existen ejemplos más amplios de lo que ocurre cuando se produce un colapso mucho mayor de la legitimidad y el poder del Estado. Me vienen a la mente los casos de la Ucrania y la España anarquistas como los más destacados, en los que cientos de miles de personas actuaron para expropiar a los expropiadores ante la incapacidad del Estado para frenarlos. Dos movimientos considerados anarquistas, pero que no se reivindicaban como tales (en el sentido del «anarquismo» europeo), los zapatistas y la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria, a veces denominada Rojava, han logrado autoorganizarse como alternativas al Estado durante décadas, incluso frente a la violencia estatal y paramilitar. En menor medida, los movimientos de ocupación de viviendas desde la Europa de mediados de siglo hasta la Sudáfrica de finales del siglo XX son también ejemplos en los que las formas anarquistas de acción directa se han enfrentado a dinámicas capitalistas perjudiciales y a Estados débiles con una recuperación desde la base y la innovación de nuevas formas sociales, aunque estas fueran posteriormente aplastadas o cooptadas en parte (Mdlalose, 2014).

Aunque podamos esperar una mayor estabilidad social, es muy probable que la situación de inestabilidad estatal se extienda por gran parte del mundo a medida que las crisis del caos climático, la migración masiva y los conflictos políticos se combinen y se intensifiquen. Es discutible hasta qué punto resulta estratégico centrar los esfuerzos organizativos del Decrecimiento en las estructuras estatales —como sugieren Bärnthaler (2024) y Koch (2022)—, que a menudo fracasan en tales situaciones, en lugar de en estructuras, normas y prácticas a nivel comunitario que pueden resultar más resilientes. Incluso si uno no está dispuesto a renunciar al Estado, al menos el anarquismo ofrece un beneficio indiscutible a los movimientos al organizarse ahora para el Decrecimiento y desarrollar futuros grupos de apoyo para este.

2. Las ventajas del anarquismo para la soberanía alimentaria

El anarquismo promueve: la construcción de capacidades descentralizadas (rurales y urbanas, reproductivas, productivas y discursivas), orientadas a la subsistencia o al socialismo, y en previsión de un colapso social; el ataque directo a las infraestructuras de la extracción capitalista opresiva y ecocida; la vinculación de las comunidades a través de esfuerzos prefigurativos; y, en los procesos de autoorganización horizontal, la lucha contra y el debilitamiento de la «otredad» que es clave para el poder [de la derecha]. (Roman-Alcalá, 2021, p. 321)

El anarquismo propone una ética de la (auto)organización humana —más voluntaria, horizontal, participativa, de base, federada y respetuosa con la naturaleza no humana— que respalda la soberanía alimentaria al promover una gestión descentralizada, socializada (aunque no necesariamente nacionalizada) y no capitalista de la naturaleza no humana como bienes comunales. Estos mismos principios éticos también generan el tipo de transformaciones subjetivas que fortalecen los movimientos de soberanía alimentaria (MSA), a través de la recuperación de las identidades campesinas y obreras y de las prácticas de ayuda mutua y solidaridad en la gestión de los alimentos y la tierra. Combinado con el amor del anarquismo por la acción directa, la confrontación disruptiva y la construcción del «poder para» entre las no élites, queda claro que las ideas anarquistas resuenan con la soberanía alimentaria y la promueven. Tras describir

¹³ Empero, otra necesidad más es que los movimientos a favor del Decrecimiento radical, la soberanía alimentaria y el anarquismo se centren en la preparación ante desastres, y no solo en la respuesta a los mismos.

algunas de estas resonancias, me centro principalmente en cómo el anarquismo plantea críticas al poder que pueden resultar útiles, como en el caso del Decrecimiento, para teorizar y hacer realidad la soberanía alimentaria.

Un principio fundamental que la soberanía alimentaria comparte con el anarquismo es la localización, junto con la descentralización de la producción, el conocimiento y el acceso a los recursos, entre otros (Robbins, 2015). El anarquismo busca transferir el poder desde las autoridades centrales y de alto nivel para evitar que los recursos sean controlados por quienes no se ven directamente afectados por ese control, y para desarrollar los medios de autodeterminación de las comunidades locales y pequeñas a través de sus propias capacidades y deseos. Además, la soberanía alimentaria da prioridad a formas más directas y deliberativas de toma de decisiones dentro de los movimientos y en los espacios y procesos de regulación del sistema alimentario (por ejemplo, los Consejos de Política Alimentaria o el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial). Mi experiencia en la fundación y facilitación de una «alianza de agricultura urbana» que funcionaba por consenso entre diversas iniciativas alimentarias locales indica que estos son valores ampliamente compartidos y no exclusivos de los anarquistas (véase Roman-Alcalá y Glowa, 2020). El anarquismo encaja bien con el localismo y fomenta la atención a la reducción de las jerarquías antidemocráticas dentro de los sistemas descentralizados y localizados.

La localización y la democratización se unen en los bienes comunales, una idea y una práctica ampliamente respaldadas en la literatura sobre soberanía alimentaria. La resonancia anarquista de los bienes comunales queda patente en el título de un libro muy popular: *The Wealth of the Commons: A World Beyond Market and State* (Bollier y Henfrich, 2012). El anarquismo hace hincapié en que las actividades productivas comunitarias, como la gestión de los bienes comunales, respaldan la autonomía material de las comunidades, lo que permite un espacio más amplio para la autonomía política, haciéndose eco de la promoción de la autonomía campesina de van der Ploeg (2008). Los bienes comunales anarquistas son un modo de producción favorable a la soberanía alimentaria, mientras que la acción directa anarquista en favor de la soberanía alimentaria puede ser productiva o antagónica. Puede contrarrestar las plantaciones industriales de árboles quemándolas, o puede apoyar la resiliencia de la comunidad mediante el desarrollo de barreras contra las tormentas a partir de plantaciones de árboles autóctonos. Puede defender los bienes comunales existentes, liberar o renovar los bienes comunales cercados, o crearlos de nuevo.

Aunque a menudo pasan desapercibidos, los esfuerzos por cultivar alimentos al margen de los mercados capitalistas, por cuidar de los demás a través de infraestructuras alimentarias locales y por forjar vínculos afectivos entre productores campesinos (o de carácter similar) podrían considerarse actos cotidianos de construcción de la soberanía alimentaria por medios anarquistas, o «formas subversivas de resistencia» (von Redecker y Herzig, 2020, p. 665). Estos actos cotidianos son relativamente autónomos y reflejan la idea de Scott (1985) de las «armas de los débiles». Son prácticas importantes y muestran cómo la praxis anarquista encaja bien con la producción alimentaria no mercantilizada, la autoorganización social y la resistencia cotidiana de los protagonistas actuales de la soberanía alimentaria. Esto también pone de manifiesto las afinidades del anarquismo con las prácticas indígenas, donde la pertenencia territorial y las prácticas de subsistencia han mantenido a las comunidades autóctonas a lo largo de oleadas de ataques genocidas (Simpson, 2017). Zibechi (2012) ha argumentado que los movimientos campesinos e indígenas iberoamericanos, al igual que los anarquistas, enfatizan la pertenencia social con la autonomía territorial como punto de localización. La afinidad no implica que los pueblos originarios necesiten el anarquismo, sino que sus orientaciones parecen encajar con las formas indígenas de organizarse e imaginar el futuro más que otras ideologías de ascendencia europea, y por lo tanto las relaciones entre anarquistas/autonomistas y los nativos y sus estrategias merecen mayor consideración y una solidaridad reflexiva (Benally, 2023; Dupris-Derí y Pillet, 2023; Lewis, 2017; Rosset y Barbosa, 2021). Esto no quiere

decir que los defensores de la soberanía alimentaria o los Pueblos originarios sean ya anarquistas en la práctica, sino que las inclinaciones anarquistas fomentan acciones similares a las suyas.

La atención que presta el anarquismo al poder en cualquier ámbito implica que fomenta la crítica, el análisis y la acción frente a las injusticias relacionadas con el género, la generación, la sexualidad, el trato a los animales y a los seres humanos en general, dentro de las comunidades campesinas, los proyectos activistas y los espacios sociales.¹⁴ Los anarquistas están dispuestos a denunciar la opresión de clase en espacios donde se podría dar por sentada la homogeneidad de la comunidad, por ejemplo, en la política de tipo campesino-populista; de este modo, podrían ser apreciados por los marxistas. Por otro lado, es poco probable que los anarquistas descarten las formas no económicas de dominación e injusticia como meros epifenómenos del capitalismo, como hacen algunos marxistas. Como he argumentado, el anarquismo «cuestiona teóricamente la homogeneización de la “comunidad” por parte del populismo agrario y los análisis excesivamente economicistas del marxismo al respecto» (Roman-Alcalá, 2021, p. 320).

A nivel macro, el anarquismo genera críticas a las dinámicas del Estado y del Capital en relación con los sistemas alimentarios, críticas que siguen siendo demasiado escasas entre las organizaciones que conforman el movimiento por la soberanía alimentaria y los académicos defensores de esta causa. Aunque se trata principalmente de una tradición marxista, Kass (2022) ha sabido aplicar con acierto una perspectiva anarquista a la teoría de los regímenes alimentarios. En este estudio, Kass (2022) analiza los regímenes alimentarios históricos y contemporáneos para argumentar que «los aparatos complementarios de construcción del Estado y de guerra, de militarización y civilización, y su dependencia del sistema salarial, de la propiedad y del Estado, socavan la soberanía alimentaria y la subordinan al Estado» (p. 2). La violencia coercitiva impulsada por el Estado va acompañada de la construcción por parte del Estado del consentimiento y la legitimidad. Al vincular a las poblaciones al Estado mediante programas reformistas y financiación (por ejemplo, préstamos y subvenciones para agricultores), las reformas estatales se convierten en elementos indispensables del régimen alimentario. Kass (2022) también analiza cómo «las intervenciones estatistas en materia de soberanía alimentaria [...] han fracasado como resultado de la captura del Estado por parte del Capital» (p. 434; véase también Giunta 2014; Andrade 2019; Tilzey 2019; Vergara-Camus y Kay, 2017). Ampliar la teoría del régimen alimentario lleva a la conclusión de que la violencia estatal y el control social se encuentran en el núcleo del sistema alimentario nocivo, en lugar de indicar que el potencial regulador podría lograrse mediante la presión sobre el Estado, como parece ser habitual entre los movimientos por la soberanía alimentaria.

Las ideas y el análisis anarquistas implican, por tanto, un juicio negativo sobre la estrategia actual de los Movimientos de los Campesinos y los Trabajadores (MSA, en gran medida de inspiración gramsciana. Esta es quizás una de las razones por las que los MSA ignoran en gran medida el anarquismo.¹⁵ En particular, el anarquismo cuestiona la alineación de algunos miembros de La Vía Campesina (LVC) con gobiernos nacionales supuestamente aliados, así como la colaboración de los MSA con instituciones estatales globales. Los MSA han demostrado sin duda su capacidad y su interés por foros multinacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial y el Consejo de Derechos Humanos, con décadas de participación que han dado lugar a logros como la Declaración sobre los Derechos de los Campesinos de 2018 (Claeys y Edelman,

¹⁴ Es cierto que, en la práctica, esto no está ligado a la ideología, como ocurre en la mayoría de los casos en los que los seres humanos se comportan mal; los anarquistas pueden perpetuar injusticias de este tipo, y de hecho lo hacen. Pero su ideología se opone al menos explícitamente a ello, en comparación con el marxismo, que puede alinearse con doctrinas homófobas, nacionalistas o intolerantes de otro tipo. El anarquismo se opone explícitamente a la dominación sistémica de cualquier grupo de personas predefinido, aunque se muestra explícitamente a favor del uso de la fuerza contra quienes detentan el poder jerárquico.

¹⁵ El desinterés general de los MSA por el anarquismo (y por el Decrecimiento, por lo demás) también puede tener que ver con el arraigo de los MSA (a diferencia de mí) en el Sur Global. Para que quede absolutamente claro, esta sección no pretende menospreciar ni cuestionar la inteligencia de los MSA, sino sacar a la luz contradicciones y tensiones que puedan ayudar a afinar nuestro pensamiento estratégico en proyectos políticos compartidos y espacios de debate.

2019), las «Directrices sobre la tenencia de la tierra» voluntarias de 2012 destinadas a reducir el acaparamiento de tierras (véase LVC, 2015; Franco y Monsalve, 2017), y la integración de la «agroecología» en el discurso de la FAO (Anderson y Maughan, 2021; Rivera-Ferre, 2018).

LVC sostiene que estos nuevos instrumentos internacionales y los discursos valorizados ayudarán a los campesinos. Es innegable que hay señales positivas en algunos casos; por ejemplo, se reporta que las Directrices sobre la tenencia de la tierra han ayudado a algunos campesinos de Colombia y Guatemala (Castañeda et al., 2022; Tramel, 2019). Empero, las Directrices, como «instrumento potencialmente poderoso para exigir responsabilidades a los Estados» (Brent et al., 2017, p. 1379), siguen siendo solo un potencial más de una década después. Estos pequeños logros se ven eclipsados por la dirección dominante de los acontecimientos: la continuación del acaparamiento de tierras sancionado por el Estado, los abusos contra los derechos humanos y el medio ambiente, la connivencia del Estado con El Capital y la corrupción política. Teniendo en cuenta su retórica anticapitalista, los movimientos por la soberanía alimentaria (MSA) también podrían considerar la eficacia de su enfoque con respecto a objetivos más amplios de transformación de los sistemas. Podría decirse que los logros en materia de «derecho indicativo» y discurso son fácilmente ignorados por los Estados, revertidos o socavados por el capital, y empero aún no se han traducido en un poder sostenido de las no élites sobre los sistemas alimentarios ni en una transición que se aleje del dominio capitalista. Esto no quiere decir que estas estrategias hayan fracasado, sino que los movimientos podrían debatir su utilidad relativa en comparación con enfoques alternativos, más directos y de base, como el de las comunidades que «recuperan» el control, tal y como explora Reid Ross (2014).

El correo electrónico de LVC en el que se anuncia el «Día de la Lucha Campesina» de 2024 afirma que «el sistema capitalista [...] corrompe a los gobiernos en beneficio de unas pocas élites, violando la naturaleza y el equilibrio ecológico, lo que pone en peligro el futuro de la humanidad». Aunque denuncia a los gobiernos por corruptos debido al capitalismo, LVC depende de esos mismos gobiernos, con el capitalismo intacto, para expandirse hacia organismos reguladores como la ONU. El correo electrónico también declara: «Quienes controlan y mercantilizan nuestros bienes comunales impiden que los jóvenes campesinos accedan a la tierra y rompen la autonomía de los campesinos y los pueblos, empujándolos hacia conflictos agrarios, la pobreza, el hambre y una agricultura sin campesinos». Es evidente que la soberanía alimentaria apoya y defiende los bienes comunales. Pero los MSA recurren a los Estados, y no más allá de ellos, para al menos parte de esa defensa. ¿Cómo conciliamos la larga historia de la participación estatal en la destrucción y mercantilización de los bienes comunales con las campañas actuales de los MSA para que los Estados y los organismos interestatales actúen en sentido contrario? ¿Podemos esperar que esas instituciones cambien de rumbo? ¿Deberíamos?

En una carta dirigida a los Estados miembros del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial, LVC (2015) afirma:

Como movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil, sabemos lo difícil que puede resultar interactuar con los gobiernos y las autoridades estatales a todos los niveles. En algunos casos, los Estados promueven el acaparamiento de recursos (a menudo justificado con la necesidad de crear un «entorno propicio para las inversiones»), o incluso actúan ellos mismos como acaparadores. Se trata de violaciones de los derechos humanos por las que deben rendir cuentas. Sin embargo, son los Estados y sus instituciones públicas los que tienen el mandato de servir al interés público y la obligación de proteger a la población de los abusos contra los derechos humanos cometidos por empresas e inversores privados mediante marcos jurídicos adecuados.

La idea de que los Estados «tienen el mandato de servir al interés público» es, desde una perspectiva anarquista, idealismo. Se podría argumentar igualmente que el mandato de los Estados consiste en mantener una economía y una

cultura (colonial)capitalistas, sin salirse de unos límites de legitimidad social que garanticen la estabilidad. Aun así, teniendo en cuenta el consenso general de que el Estado es necesario para promover la soberanía alimentaria (véase la sección 4), los MSA podrían —sin llegar a adoptar ideas y estrategias anarquistas— al menos apreciar cómo el radicalismo anarquista podría ofrecer sinergias con el reformismo, especialmente a través del llamado «efecto de flanco radical».

Esto ocurre cuando las acciones disruptivas y contestatarias (del tipo que prioriza el anarquismo) animan a las élites a ofrecer concesiones o a moderar sus posturas, a favor de ideas y actores sociales menos radicales y más reformistas. La acción «Occupy the Farm» de 2012 es un ejemplo a menor escala, extraído de mi investigación, en el que esto sucedió (Roman-Alcalá, 2018). La priorización anarquista de la acción directa podría, por lo tanto, contribuir a promover la soberanía alimentaria a través de sus efectos en las políticas, además de crear capacidades nuevas y renovadas para una producción que impulse la autonomía.

Los debates sobre estrategia tienden a reducirse a disyuntivas del tipo «o una cosa o la otra». Aunque se acepte la necesidad de impulsar tanto estrategias «autonomistas» como «soberanistas», tal y como hacen Giraldo y McCune (2019), quienes describen respectivamente lo que son, de hecho, estrategias anarquistas y estatistas, el tiempo y la energía de los organizadores y las masas son limitados. Los escasos resultados de los esfuerzos políticos globales tras décadas de trabajo, los costes irrecuperables y el efecto de dicha labor política global de distanciar a los activistas de base de sus compañeros merecen ser reconsiderados. Aunque no requiere necesariamente un abandono completo de esos ámbitos, «la perspectiva anarquista sugiere alejar la estrategia de los Estados [y de los foros globales] y orientarla hacia el desarrollo ideológico y la capacidad de base», y «utilizar la acción directa y la ayuda mutua para satisfacer las necesidades materiales, desarticular y oponerse a la injusticia, y reforzar las economías morales a nivel de base» (Roman-Alcalá, 2021, p. 320). Una estrategia de soberanía alimentaria más anarquista se centraría en los territorios locales, se orientaría hacia la construcción de la autonomía, fortalecería los bienes comunales y la toma de decisiones participativa, y facultaría a los más marginados por diversos tipos de dominación. Y tales esfuerzos buscarían deslegitimar, en lugar de legitimar, las formas estatales de poder.

Una perspectiva anarquista también lleva a criticar a los Estados que se autodenominan socialistas por considerarlos inadecuados o incluso peores a la hora de impulsar políticas a favor del campesinado. Más allá de las quejas históricas sobre, por ejemplo, la represión y explotación de los campesinos ucranianos de todas las clases (no solo los llamados kulaks) por parte de la URSS en sus inicios, o los resultados en gran medida horribles de la colectivización forzosa en China, Rusia y en toda la URSS, podríamos preguntar a los miembros de LVC procedentes de las antiguas repúblicas soviéticas sobre la dinámica a la que se enfrentaban allí antes de la transición al capitalismo. Podríamos escuchar críticas (como las que he oído de líderes del movimiento por la soberanía alimentaria de esos países) a los intentos fallidos del comunismo de Estado por simplificar y controlar la producción y los mercados alimentarios —críticas que se asemejan a las formuladas por los anarquistas sobre el autoritarismo del socialismo de Estado durante generaciones (Baker, 2023). Los miembros de LVC también defienden administraciones «progresistas» (aunque no muy socialistas) como la de México.

Andrés Manuel López Obrador (AMLO) o Ortega, de Nicaragua, incluso cuando estos han sido acusados de forma creíble por grupos indígenas y otros colectivos no pertenecientes a la élite de sus respectivos países de llevar a cabo una modernización neoliberal forzada, una mayor explotación de recursos y opresión política. En el primer caso, las comunidades mayas luchan contra el proyecto del Tren Maya de AMLO y la expansión masiva, respaldada por el Gobierno, de granjas porcinas industriales en toda la península de Yucatán, mientras que en el segundo, el presidente y sus patrocinadores chinos han impulsado un proyecto de la construcción de un canal frente a la oposición de la

comunidad local (Adler, 2019). El gobierno de Ortega en Nicaragua también ha sido acusado por innumerables izquierdistas de represión política contra estudiantes, organizadores indígenas e incluso otros izquierdistas (Robinson, 2021; Rocha, 2017; Confidencial, 2022).¹⁶ Los movimientos por la soberanía alimentaria más influenciados por el anarquismo pueden ser menos propensos a apoyar a los Estados —incluidos los de izquierda— contra sus poblaciones de disidentes internos que, a su vez, también luchan por la soberanía alimentaria.

Anarquismo: No Es una Panacea

3. ¿En qué aspectos no resulta adecuado el anarquismo para el Decrecimiento?

La principal limitación que veo en el anarquismo como vehículo para la estrategia de Decrecimiento tiene que ver con su insuficiencia respecto a lo que podríamos llamar la política de la normalidad. En contraste con mi afirmación anterior de que el anarquismo se adapta bien a las crisis, los desastres y el colapso (temporal y localizado), al anarquismo le cuesta parecer relevante como estrategia política en contextos en los que la gente —con razón o sin ella— se encuentra en situaciones de normalidad o las busca. Aquí, la normalidad viene definida por la modernidad: disponibilidad de alimentos como mercancías en el supermercado; luz, electricidad e internet fiables; ausencia de guerras activas o visibles en las cercanías; ausencia de crisis (o peor aún, ¡política!) que interrumpen el disfrute de los entretenimientos y aficiones. Cabe preguntarse si tal deseo de normalidad es ético o deseable, dado que se hace posible a través de la violencia estructural, la desigualdad global y el daño ecológico: el «modo de vivir imperial», como lo han denominado Brand y Wissen (2021). Sin embargo, este cuestionamiento no puede negar que muchas personas en los países más ricos parecen, en efecto, sentir ese apego a la normalidad. El modo de vida imperial no es sostenible ni justo, pero cuando se consigue con relativa facilidad, rara vez es cuestionado por quienes lo viven.

Aunque la gente pueda comportarse como anarquistas en tiempos de crisis, una vez que se disipa el humo, lo más habitual es que vuelvan a actividades egoístas, de miras estrechas y hedonistas que se ajustan al statu quo. Como ha señalado John Jost (2020), la «justificación del sistema» es una postura habitual por diversas razones, una tendencia psicológica que se ve agravada por la inestabilidad. Se trata de una minoría escasa y autoseleccionada entre los habitantes de los países ricos la que elegiría el desafío en lugar de la comodidad, la suficiencia sostenible en lugar de satisfacer caprichos, la confrontación peligrosa y la organización política incierta en lugar de simplemente seguir la corriente para llevarse bien. No siempre, ni en todas partes, en efecto; pero en un contexto de normalidad, el anarquismo tiene dificultades para proporcionar una motivación orientadora para un proyecto orientado a las masas de rediseño y transición social global, tal y como exige el Decrecimiento. El anarquismo puede convencer a quienes ya creen que el colapso está en camino (o ya está aquí) de que sus principios ofrecen el mejor camino hacia alternativas autoorganizadas a la máquina de muerte capitalista. Pero para quienes creen que la sociedad puede seguir funcionando, y seguirá haciéndolo, más o menos como hasta ahora, la política anarquista no resulta muy atractiva. Estas personas constituyen una mayoría cualificada de las poblaciones del Mundo Minoritario.

En relación con esto, cabe señalar la relativa falta de estrategias del anarquismo para cambiar las situaciones de vida de las masas —situaciones que permitan a esas masas liberarse de las formas de vida capitalistas y coloniales—. Una tarea

¹⁶ También podría mencionar aquí mi experiencia de 2023 en Cuba, donde los agricultores con los que hablé se refirieron a las deficiencias del Gobierno a la hora de apoyar la producción campesina con infraestructuras, incluso tras su tan alabada transición hacia la agroecología durante el «período especial». Una de las opiniones que escuché fue que, una vez que el turismo se convirtió en una opción de desarrollo económico para el Estado, este abandonó el sector campesino (una visión respaldada por Thiemann y Spoor, 2019): se pusieron a disposición pocas herramientas, los camiones no aparecían para entregar los productos como se había prometido y no había apoyo para hacer productivas las tierras degradadas tras haber obtenido acceso a ellas mediante nuevas leyes de reforma agraria. Estos problemas son anteriores al auge del turismo y están sin duda relacionados con el embargo y las sanciones de EUA, pero su impacto se ha agravado recientemente. En este contexto, los agricultores expresaron su deseo de un sector alimentario más orientado al mercado, ya que esto significaría una mayor autonomía en su organización, pero quizás, lo que es igual de importante, una mayor funcionalidad.

clave consiste en estructurar las opciones de las personas para facilitarles la salida. Si el objetivo del Decrecimiento es satisfacer las necesidades, incluidas las relacionadas con la reproducción social, con una menor demanda material, la escala a la que se satisfacen es importante. Los esfuerzos locales, sin financiación o voluntaristas no son malos, pero parecen insuficientes para permitir una escapatoria a gran escala, en situaciones «normales». En la medida en que aspiran a un cambio sistémico, tales esfuerzos no pueden limitarse a afirmar «somos semillas prefigurativas» y dejarlo ahí.

No es de extrañar que a los anarquistas no les entusiasme la idea de concebir o aplicar políticas estatales de Decrecimiento. Como individuos, los anarquistas pueden participar —y de hecho lo hacen— en los procesos políticos y en las elecciones (véase Franks, 2020), iniciativas que pueden ser rechazadas por los anarquistas más dogmáticos. Según mi experiencia, los anarquistas suelen relacionarse con el anarquismo desde un punto de vista filosófico y ético, más que como una estrategia política necesariamente «correcta». Se centran en vivir de forma anarquista en la vida cotidiana, al tiempo que ocasionalmente se involucran de manera pragmática con instituciones jerárquicas para lograr un cambio político, una percepción que coincide con otras investigaciones (Bray, 2013; Raekstad, 2019). Aun así, merece la pena insistir a los anarquistas en la falta generalizada de una teoría anarquista matizada sobre estrategias políticas, ya que la política, como mínimo, es una forma de defensa. Y, como sugieren muchos defensores del Decrecimiento, la política también constituye una herramienta mediante la cual se puede avanzar hacia ese escape más fácil del Capital. Las prestaciones sociales de los Estados —por muy comprometidas que estén por las tendencias simplificadoras, contingentes y que socavan la dignidad de los programas estatales— sí permiten mejores resultados de vida para las personas cuando se accede a ellas. Cuando las personas no tienen que pagar a los capitalistas por la asistencia sanitaria, la vivienda, la alimentación, la educación y otras necesidades porque son proporcionadas por el Estado, esto puede beneficiar a las personas y al Decrecimiento, incluso si este suministro tiene aspectos negativos arraigados en las dinámicas de poder del Estado (y, para las poblaciones del Norte que más se benefician de ello, en el imperialismo global). Se podría argumentar que el anarquismo carece igualmente de una visión positiva de la «planificación», que puede considerarse una forma de política. Sin embargo, el modelo de economía participativa (Parecon) de Albert y Hahnel (Albert, 2004) muestra que los socialistas libertarios en efecto han reflexionado sobre la necesidad de una planificación racional y ecológica de la producción y el consumo, y han desarrollado modelos para explorar, implementar y defender dicha planificación.¹⁷

Muchos socialistas autoritarios y defensores del Decrecimiento insisten en que el Estado es el único instrumento con la fuerza suficiente para «expropiar a los expropiadores». Quizá tengan razón. Los Estados, por ejemplo, han nacionalizado la industria en algunas ocasiones. La mayoría de las nacionalizaciones mantuvieron las estructuras de gestión y la división del trabajo existentes (con los beneficios destinados a los Estados en lugar de a los propietarios privados), en lugar de reorganizar la producción de acuerdo con las aspiraciones del Decrecimiento de unas economías participativas y democratizadas. Las nacionalizaciones tampoco se orientaron hacia el desmantelamiento de industrias nocivas como las de combustibles fósiles o la minería. Las nacionalizaciones, salvo las comunistas y socialistas, suelen compensar a los capitalistas en el proceso, y algunos Estados revierten cuando la fuga de capitales y la intervención exterior amenazan con una mayor inestabilidad interna. De aquí que la historia no muestre grandes precedentes de expropiaciones a gran escala impulsadas por el Estado, contra el capital, en favor de las clases no privilegiadas, hacia el Decrecimiento, de forma transformadora y sostenida.¹⁸ La excepción son quizás ciertos Estados comunistas

¹⁷ See also <https://participatoryeconomics.info/>

¹⁸ Aunque no se trate de una cuestión de gran envergadura ni de nacionalización propiamente dicha, los anarquistas deben hacer frente a ejemplos en los que los Estados han reprimido directamente actividades económicas perjudiciales, como las medidas de represión en las que ha participado el Estado contra las operaciones pesqueras ilegales e insostenibles frente a las costas de África (Zoppi, 2019).

posrevolucionarios como Cuba, China y la URSS. Pero estos también incluyeron un tremendo derramamiento de sangre y errores, entre ellos el apoyo a ideologías y políticas contra los campesinos y las clases no elitistas, así como la priorización del crecimiento frente a la ecología.¹⁹ La cuestión es la siguiente: si los defensores de los medios autoritarios y los monopolios estatales de la violencia pueden abogar por un enfoque de «dictadura del proletariado» basado en una eficacia probada limitada, a los anarquistas se les debería permitir hacer lo mismo, desde la perspectiva opuesta.

¿Por qué no deberíamos esperar que sea una fuerza suficiente de movimientos populares, en lugar de los Estados, la que lleve a cabo esa expropiación, tal y como ocurrió en Ucrania o en España durante los levantamientos anarquistas, o más recientemente a menor escala en Argentina, Brasil, Turquía y en todo el mundo?²⁰ Pues bien, si decidimos hacerlo, al menos deberíamos admitir que nuestros movimientos son, en general, pequeños y débiles en comparación con esos ejemplos históricos. Y hoy más que nunca, la vigilancia estatal y su capacidad represiva son fuertes, aunque no sean totales ni insuperables. En resumen, una transición hacia el Decrecimiento requiere fuerza contra la infraestructura, la organización y las instituciones capitalistas y coloniales existentes, y si la cuestión de la fuerza es algo que los anarquistas y los estatistas pudieran debatir eternamente, empero también es algo que los anarquistas, como otros, aún tienen que resolver.

4. El anarquismo por sí solo no puede construir la soberanía alimentaria

Según mi experiencia, los actores del movimiento por la soberanía alimentaria suelen menospreciar el anarquismo o, al igual que el resto de la sociedad, desconocerlo. Empero, también he conocido a organizadores del movimiento a nivel nacional e internacional que se interesan por el anarquismo, aunque no puedan integrarlo fácilmente en su trabajo, como ocurre, por ejemplo, con las políticas de derechos humanos. En conversaciones privadas, los activistas del MSA y de la justicia alimentaria han expresado su reticencia a aceptar el anarquismo como algo útil para ellos, a veces por la incertidumbre sobre cómo serían las formas alternativas de acción si se negaran a disputar los espacios políticos estatales e interestatales. Esa reticencia también se deriva del hecho de que muchas comunidades que se enfrentan al despojo y la explotación recurren a cualquier herramienta disponible para disputar el statu quo. ¿Hasta qué punto, podríamos preguntarnos, resulta útil que los anarquistas juzguen ideológicamente a estas comunidades?

Es evidente que el anarquismo no resulta de gran ayuda a la hora de abordar directamente las políticas de soberanía alimentaria, ya sean existentes o nuevas, dado su escepticismo inherente hacia las leyes estatistas, los tribunales y toda la forma liberal occidental de gobierno republicano. Sin duda, los anarquistas critican las políticas de los Estados dominantes, como la política interna de EUA, que apoya a la agroindustria de múltiples maneras. Muchos rechazan tales manifestaciones de connivencia entre el Estado y El Capital, al igual que rechazan la propiedad privada y el poder estatal en general, por considerarlos grilletes entrelazados que obstaculizan el florecimiento humano. Dado que rara vez teoriza sobre cómo debería organizarse el poder político para alcanzar objetivos como el Decrecimiento o la soberanía alimentaria, el anarquismo ofrece pocas sugerencias para las maniobras políticas (defensivas) o la necesidad de compromiso que estas conllevan a la hora de crear alianzas legislativas y de defensa viables. Tampoco nos indica cómo abordar el hecho de que el Estado sí dispone de recursos que los movimientos pueden utilizar y de los que pueden beneficiarse, incluso en algunos casos para construir autonomía (Giraldo y McCune, 2019). En California, los movimientos alimentarios radicales inspirados en la soberanía alimentaria han aprovechado la financiación estatal para

¹⁹ Otro ejemplo histórico que merece ser tenido en cuenta es el de Burkina Faso en la década de 1980, donde una revolución comunista dio lugar rápidamente a movimientos ecologistas y anticapitalistas que, en cuestión de años, fueron sofocados por una contrarrevolución. Queda por ver si, de no haber sido por ello, este caso habría sentado un precedente histórico para el éxito del socialismo feminista y de Decrecimiento en el Sur Global.

²⁰ Véase <https://ejatlas.org/>

comprar tierras. Esto incluye un proyecto cooperativo de jóvenes agricultores negros que se unió a otras organizaciones sin ánimo de lucro para obtener 1,5 millones de dólares del Estado en 2024. Planting Justice, un vivero de permacultura, empresa de paisajismo y organización educativa sin ánimo de lucro que contrata a personas que han estado en prisión para trabajar en sus propias comunidades, ha aprovechado millones de dólares en fondos estatales y federales. Cada una de estas iniciativas ha construido una capacidad de producción autónoma a partir de la financiación estatal. El cofundador de Planting Justice me dijo que se inspira en ideas anarquistas y que no considera que aceptar fondos estatales comprometa necesariamente su visión, sus valores o su forma de funcionamiento. Incluso los académicos anarquistas Hannah Kass (2022) reconocen las «necesidades muy reales de estos programas y políticas [estatales], al menos a corto plazo, mientras sigamos estando gobernados por el Estado capitalista» (p. 12). Parece que la mayoría está de acuerdo, incluso algunos anarquistas, en que rechazar por completo cualquier uso del Estado probablemente no contribuya a construir fuerzas en pro de la soberanía alimentaria.

Esta limitación se extiende también a la gobernanza mundial, donde las políticas comerciales de los bloques poderosos plantean obstáculos fundamentales a la autodeterminación local, tal y como me insistió un agricultor y activista neerlandés durante una de mis charlas en las que debatimos ideas para este artículo. Esto se aplica tanto al «derecho blando» de las recomendaciones políticas de la ONU para los Estados-nación, como las Directrices sobre la tenencia de la tierra, como al supuesto «derecho duro» internacional, como los Convenios de Ginebra. Los anarquistas podrían argumentar que el reciente genocidio israelí/ EUA en Gaza ha demostrado que dichas leyes operan más en función de las relaciones de poder que de manera coherente, de acuerdo con el tan cacareado estado de derecho. Aun así, frente a las afirmaciones anarquistas de que esto demuestra la vacuidad del derecho estatal, podríamos señalar cómo las administraciones al frente de Estados como Sudáfrica, que han presentado cargos de genocidio contra Israel, pueden alterar el cálculo de la guerra en el contexto del derecho internacional. El derecho, al igual que el Estado, es un campo de batalla donde no todos los resultados están predeterminados. Nadie puede predecir si los instrumentos del derecho internacional ayudarán de manera tangible a prevenir atrocidades o a garantizar el futuro de los palestinos, o si sufrirán menos campesinos cuando se reformen las normas comerciales multilaterales. El rechazo dogmático de toda acción estatal puede ignorar de forma problemática, o peor aún, socavar activamente los movimientos de los pobres del Sur que han logrado acceder al Estado y están intentando utilizarlo contra el statu quo hegemónico, imperialista y explotador, ejemplificado por la Colombia actual bajo el mandato de Gustavo Petro. Al descartar el derecho internacional y las políticas estatales como meras herramientas del Capital, y nada más, algunos anarquistas pueden simplificar en exceso una realidad compleja.

Las teorías anarquistas sobre la economía son variadas (Shannon et al., 2012). Existen los «anarquistas de mercado», también conocidos como mutualistas, quienes, al igual que los socialistas de mercado y muchos defensores de la soberanía alimentaria, extraen de la historia de los mercados anterior al capitalismo la posibilidad de un futuro papel no capitalista para los mercados. En cierto modo, estas corrientes sostienen que «DMD ≠ MDM»: que es éticamente defendible producir mercancías con el fin de venderlas y obtener unos ingresos que, a su vez, permitan comprar las mercancías que uno necesita, y que esto genera resultados sistémicos diferentes a los de la inversión de capital para producir mercancías con el único propósito de obtener más capital. En contra de la preservación de los mercados en cualquier forma, los anarcocomunistas han defendido, en la línea de la máxima de Marx «de cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad», la superación de la producción de mercancías, el valor de cambio y el resultante «tiempo de trabajo socialmente necesario» como condiciones previas para cualquier mundo nuevo que merezca llamarse «socialista» (Hudis, 2023, p. 15).²¹ Es decir, el comunismo anarquista, al igual que el comunismo de

²¹ Hudis interpreta aquí la «Crítica del Programa de Gotha», un texto poco conocido en el que Marx expone de forma explícita su visión comunista.

Marx, busca mecanismos completamente ajenos al mercado y a los precios para coordinar la producción y el consumo, como en la Parecon. Por otra parte, existen anarquismos insurreccionales e individualistas que parecen carecer de teorías económicas constructivas. En términos de poscapitalismo, el «mutualismo» puede tener una teoría económica más desarrollada que el anarcocomunismo, y sin duda más que el insurreccionalismo. El anarquismo de mercado ve esencialmente una solución de pequeñas empresas al capitalismo del gran capital. Sin embargo, pocos anarquistas de mercado siguen la hipótesis del mutualista Proudhon de que las empresas no capitalistas y las cooperativas de trabajadores podrían desplazar a las empresas capitalistas, e insisten en cambio en que son necesarias acciones políticas de carácter revolucionario. Empero, todavía no he encontrado en la literatura anarquista una teoría sólida del cambio para la transformación de los sistemas del capitalismo hacia economías no de mercado, aparte de llamamientos a estrategias intersticiales en el presente y evocaciones abstractas de una revolución futura.

Aunque los anarquistas tienen críticas preparadas tanto para las formas económicas dominadas por el Estado como para las dominadas por el mercado (por ejemplo, las situaciones soviéticas y postsoviéticas en Europa del Este, ninguna de las cuales ha sido agradable para los campesinos), no cuentan necesariamente con una visión económica alternativa holística que resulte atractiva para los campesinos o sus organizaciones. Ciertamente, existen diversas ideas y prácticas económicas anarquistas, así como análisis de las mismas (Shannon et al., 2012), y visiones desarrolladas para organizar la producción (p. ej., Parecon). Muchos anarquistas señalan que las propias prácticas de ayuda mutua promueven una forma particular de organizar las relaciones económicas, al menos en lo que respecta a la distribución de recursos (Spade, 2020). Pero más allá de la ayuda mutua y la prefiguración, podría decirse que los anarquistas tienen teorías menos sólidas sobre cómo funcionaría una futura economía anarquista y cómo las prácticas anarquistas actuales podrían, de manera realista, dar lugar a esa economía a partir de la existente. Junto con su enfoque en la prefiguración, algunos anarquistas rechazan la «visión» holística por considerarla innecesaria, o incluso una ingeniería social presuntuosa. Yo rebatiría críticamente que la negativa a participar en la teorización de la construcción del mundo más allá de las propias prácticas prefigurativas puede socavar la construcción colectiva de economías alternativas junto con otros sectores, como los campesinos, que en su mayoría no son anarquistas. Es posible que una mayor implicación de los campesinos con las ideas anarquistas, especialmente de aquellas comunidades que se han alejado del socialismo como concepto debido a sus experiencias históricas negativas con el socialismo de Estado, pudiera desarrollar tales visiones (por ejemplo, una economía de soberanía alimentaria de mercado anarquista). Pero esto es una conjetura. La limitada implicación consciente entre los MSA, las comunidades campesinas y los anarquistas, que da lugar a debates conceptuales limitados sobre la soberanía alimentaria y el anarquismo, ofrece poca información sobre la que basarse.

Por último, una de las limitaciones del anarquismo (aunque no exclusiva de él) es su incapacidad para resolver la cuestión de la «soberanía» en el concepto de soberanía alimentaria. Los movimientos por la soberanía alimentaria dejan claro que las empresas transnacionales ejercen un poder soberano excesivo, pero no queda claro si la soberanía alimentaria implica más soberanía para los Estados, para las comunidades o para ambos, ni cómo se relacionan entre sí esas soberanías (Patel, 2009). Empero, existe todo un ámbito de discursos y prácticas indígenas sobre la soberanía alimentaria que complementan los movimientos por la soberanía alimentaria (MSA) y, al mismo tiempo, cuestionan las concepciones convencionales de la soberanía, incluida su conexión con el Estado (Coté, 2016). Los teóricos pueden coincidir en que múltiples soberanías en competencia definen el mundo actual y el futuro de la soberanía alimentaria, pero pocos se ponen de acuerdo sobre lo que esto significa para la praxis (Schiavoni, 2015). Los anarquismos ofrecen diferentes interpretaciones de la soberanía. Entre ellas se incluyen concepciones individualistas y autárquicas de la soberanía como autonomía personal, acompañadas de un rechazo concomitante a la organización formal o a los

compromisos políticos consistentes, como se deduce lógicamente de la filosofía «egoísta» de Max Stirner (1844/2017).²² Dicho esto, algunos seguidores de Stirner insisten en la conexión necesaria entre el individualismo y la «insurrección interna» —es decir, la transformación personal— y la acción colectiva a través de su propuesta de «unión de egoístas». Más apropiados que el individualismo, por muy controvertido que sea, los anarquismos insurreccionales enfatizan el papel vital de la acción autogenerada como constituyente de otras formas de estar con la naturaleza no humana y con otros seres humanos, más centradas en la solidaridad y el cuidado (Dunlap, 2020). Quizás las tradiciones anarquistas comunitaristas, comunistas y sindicalistas, que entienden a los individuos como inextricablemente enredados en redes de interdependencia social, sean las más adecuadas para la soberanía alimentaria. Estas podrían situar la soberanía «propia» en el nivel más de base y local posible: el pueblo, el lugar de trabajo, el barrio. Empero, sabemos que seguirían surgiendo debates internos sobre cuestiones como las divisiones entre lo urbano y lo rural que es necesario salvar, las tensiones entre los niveles adecuados de mecanización del trabajo y las necesidades conflictivas entre productores y consumidores (Woodhouse, 2010), junto con los vestigios de racismo, patriarcado y otras injusticias que son relativamente endógenas a esos niveles locales. La teoría anarquista no resuelve ninguno de estos problemas. Tampoco resuelve cuestiones relacionadas con la soberanía a mayor escala, como los medios de coordinación de las economías alimentarias a distancia, algo que, como mínimo, es necesario para evitar la hambruna en el contexto de desastres climáticos localizados.

Conclusión: Tres Preguntas

Para concluir este ensayo exploratorio, planteo algunas preguntas que, en mi opinión, los socialistas de tendencia libertaria, los defensores de la soberanía alimentaria y los partidarios del Decrecimiento tienen que plantearse. Estas preguntas también pueden ayudar a quienes no están convencidos de las premisas del anarquismo o de su potencial estratégico a reflexionar sobre sus propias posturas.

En primer lugar, ¿cómo se puede defender la anarquía sabiendo que la mayoría de la gente no cree que una sociedad anarquista sea posible? La realidad es que el anarquismo manifiesto (es decir, el político) constituye una pequeña parte de un ámbito más amplio de ideas de izquierda y antisistémicas, un ámbito que, a su vez, solo atrae a una minoría de personas que tienen preocupación por la política.²³ El anarquismo manifiesto es marginal, en gran medida desconocido, ausente de la vida cotidiana, y cuando se encuentra, es malinterpretado y demonizado. Se puede suponer, al igual que Graeber (2009), que muchas personas comunes y corrientes ya son anarquistas sin saberlo. Pero esto no nos dice cómo construir la autoidentificación política —el compromiso consciente con los valores y las tácticas del anarquismo, más que un apego a las etiquetas en sí mismas— necesaria para sustentar cualquier transformación política a gran escala de la sociedad. El reto de la politización y la educación política básica más allá de las subculturas activistas y académicas sigue siendo apremiante.

En segundo lugar, al considerar la prioridad que el anarquismo otorga a la acción sobre la teoría, ¿cómo actuamos sin ser meros «accionistas»? Limitarse a actuar, al tiempo que se afirma que dicha acción es un «laboratorio» prefigurativo de cambios futuros que de alguna manera se ampliarán, no es un plan de acción defendible. La teoría es un desafío útil para los anarquistas y para todos aquellos que buscan un camino para salir del statu quo, ya que exige que pensemos de forma clara y convincente sobre los retos apremiantes de crear o recorrer ese camino. Esto es especialmente relevante

²²El anarquismo individualista de este tipo puede alimentar (y nutrirse de) las filosofías liberales de los «derechos naturales», en las que la autonomía individual implica el control no solo de uno mismo, sino también de la propiedad.

²³ En algunas partes del mundo, ni siquiera la mayoría tiene preocupación por estos temas; en EUA, la población está en gran medida alejada de la política convencional y una gran parte ni siquiera vota (Pew Research Center, 2023).

en lo que respecta a cuestiones espinosas como el suministro de bienes y servicios necesarios a través de los mercados, la planificación o por otros medios. Y dado que es importante lidiar con las realidades empíricas para desarrollar teorías precisas sobre cómo actúa realmente el Estado y cómo cambia con el tiempo, las teorías anarquistas pueden resultar demasiado burdamente antiestatales o económicamente ambiguas como para ser de gran utilidad a la hora de vincular la visión más allá del Estado y del Capital de un futuro poscrecimiento con las luchas apremiantes (mediadas por el Estado y el Capital) del aquí y ahora.

En tercer lugar, y en relación con la primera pregunta, ¿cómo afrontamos el hecho de que el Decrecimiento, la soberanía alimentaria y el anarquismo sean, cada uno de ellos, posiciones marginales dentro del sistema mundial? Una cosa es lidiar con la marginalidad política a nivel local, sea cual sea el lugar en el que uno se encuentre. Se han librado y se seguirán librando batallas locales que reúnen a diversos colectivos y creencias políticas, y que se oponen a la «política del crecimiento de siempre» (por ejemplo, Stop Cop City). Pero a escala global, donde predominan las dinámicas centro-periferia, donde la política monetaria se cruza con la política militar —quizás los dos ámbitos más trascendentales de la lucha estatista—, es difícil imaginar que los grupos a favor del Decrecimiento, la soberanía alimentaria o el anarquismo consigan un acceso significativo a los espacios de toma de decisiones, convirtiéndose en narrativas viables que superen las voces y preferencias del Estado y el Capital, y mucho menos que lleguen a ser hegemónicas.

En última instancia, para que la transición hacia el Decrecimiento o la soberanía alimentaria tenga éxito, cualquiera de estos conceptos debería gozar de una mayor aceptación entre la población. Esto es así independientemente de si dicha transición tiene un carácter anarquista o estatal, o —lo más probable— ambos. Estos conceptos deberían convertirse aún más en movimientos sociales globales, y además de carácter masivo. Dada la marginalidad actual de estos conceptos, los defensores deben tomarse más en serio las estrategias para hacerlos normales, visibles, creíbles, convincentes y viables.

Por un lado, estas ideas quedan fuera del discurso dominante y de las posibilidades políticas. Por otro, las masas expresan con frecuencia su descontento con el statu quo. Vivimos en una época de crisis. Al parecer, muchos están hartos del capitalismo y abiertos a alternativas. Muchos desconfían de la política convencional. Es fundamental aprovechar esas actitudes para generar afinidad hacia los programas positivos del Decrecimiento, la soberanía alimentaria y el socialismo. Como dijo un socialista libertario:

En cuanto a la cuestión de la apatía y la complicitad populares, las interpretaciones antiautoritarias más optimistas de este fenómeno generalizado sostienen que la falta de implicación de la gente común en los asuntos políticos es consecuencia del dominio capitalista y, por lo tanto, depende de la perpetuación de este; la idea que se plantea aquí, pues, es que la gente en general se implicaría con pasión en la gestión de la sociedad si sintiera que tiene acceso a medios eficaces para hacerlo. (Sethness Castro, citado en Reid Ross, 2014, p. 3)

Al mismo tiempo, la fuerza motriz de los grandes cambios sociales suele ser la acción disruptiva de los sectores no conformistas ajenos a las élites, combinada con los esfuerzos internos de los denominados «emprendedores políticos» —que aprovechan la disrupción para obtener concesiones de las élites— o de las vanguardias revolucionarias que toman el poder en el vacío creado por una disrupción prolongada. Esto pone de manifiesto la necesidad de desarrollar las fuerzas disruptivas y de oposición que pongan de relieve las graves consecuencias del crecimiento nocivo y las injusticias relacionadas con los alimentos, la agricultura, la tierra y el agua. Empero, las personas tienden a convertirse en «justificadores del sistema» en tiempos de crisis e incertidumbre, especialmente aquellas con tipos de personalidad

predispuestas a las opiniones de derecha (Jost, 2020, 2021). Por lo tanto, un área clave que no se ha tenido suficientemente en cuenta puede ser cómo legitimar y dar seguimiento a las formas disruptivas de acción para que fortalezcan, en lugar de socavar, los movimientos, y contribuyan a la popularización de estos conceptos transformadores.

Los movimientos pueden aprovechar la legitimidad adquirida, la ampliación de su base de apoyo y el aumento de las tensiones para impulsar sus ideas y sus estrategias concretas. Se trata de consideraciones necesarias para una transición, tanto si uno sigue convencido de la importancia fundamental del Estado en el cambio social como si espera que la transición se produzca a pesar del Estado y no gracias a él.

Referencias

- Adler, W. (2019, February 12). Here Belongs to Us. *Pacific Standard*. <https://psmag.com/magazine/inside-the-resistance-movement-opposing-daniel-ortegas-trans-nicaragua-canal/>
- Albert, M. (2004). *Parecon: Life After Capitalism*. Verso.
- Anderson, C., & Maughan, C. (2021). The Innovation Imperative: The Struggle Over Agroecology in the International Food Policy Arena. *Front. Sustain. Food Syst*, 5, 1–15. <https://www.frontiersin.org/journals/sustainable-food-systems/articles/10.3389/fsufs.2021.619185/full>
- Andrade, D. (2019). Populism from above and below: The Path to Regression in Brazil. *Journal of Peasant Studies*, 47(7), 1470–1496. <https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1680542>
- Aragorn! (2005). Locating an Indigenous Anarchism. *Green Anarchy*, 19. <https://theanarchistlibrary.org/library/aragorn-locating-an-indigenous-anarchism>
- Baker, Z. (2019, May 22). *Means and Ends: The Anarchist Critique of Seizing State Power*. Black Rose/Rosa Negra Anarchist Federation. <https://blackrosefed.org/anarchopac-critique-of-seizing-state-power>
- Baker, Z. (2023). *Means and Ends: The Revolutionary Practice of Anarchism in Europe and the United States*. AK Press.
- Bärnthaler, R. (2024). Problematising degrowth strategising: On the role of compromise, material interests, and coercion. *Ecological Economics*, 223(2024), Article 108255. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2024.108255>
- Benally, K. (2023). *No Spiritual Surrender: Indigenous Anarchy in Defense of the Sacred*. Detritus Books. Bollier, D., & Henfrich, S. (Eds.). (2012). *The Wealth of the Commons: A World Beyond Market and State*. Levellers Press.
- Brand, U., & Wissen, M. (2021). *The Imperial Mode of Living: Everyday Life and the Ecological Crisis of Capitalism*. Verso.
- Bray, M. (2013). *Translating Anarchy: the Anarchy of Occupy Wall Street*. Zero Books.
- Bray, M. (2018, July 11). *Horizontalism: Anarchism, Power and the State*. Black Rose/Rosa Negra Anarchist Federation. <https://blackrosefed.org/horizontalism-mark-bray/>
- Brent, Z. W., Alonso-Fradejas, A., Colque, G., & Sauer, S. (2017). The ‘tenure guidelines’ as a tool for democratising land and resource control in Latin America. *Third World Quarterly*, 39(7), 1367–1385. <https://doi.org/10.1080/01436597.2017.1399058>
- Castañeda, R., Avila Cerón, C., De los Ríos-Carmenado, I., Domínguez, L., & Gomez, S. (2022). Implementing the voluntary guidelines on the responsible governance of tenure of land, fisheries and forests from the working with people model: lessons from Colombia and Guatemala. *The Journal of Peasant Studies*, 50(5), 1820–1851. <https://doi.org/10.1080/03066150.2022.2120811>
- Cattaneo, C., D’Alisa, G., Kallis, G., & Zografos, C. (2012). Degrowth futures and democracy. *Futures*, 44(6), 515–523. <https://doi.org/10.1016/j.futures.2012.03.012>
- Claeyes, P., & Edelman, M. (2019). The United Nations Declaration on the rights of peasants and other people working in rural areas. *The Journal of Peasant Studies*, 47(1), 1–68. <https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1672665>
- Confidencial. (2022, July 8). Ortega “Isn’t a Leftist, a socialist, or an Anti-imperialist”. Confidencial. <https://confidencial.digital/english/ortega-isnt-a-leftist-a-socialist-or-an-anti-imperialist/>
- Copely, J. (2024). Monetary sovereignty and the ‘Invisible Leviathan’: the politics of Marx’s theory of money. *Global Political Economy*, 3(2), 229–249. <https://doi.org/10.1332/26352257Y2024D000000020>
- Coté, C. (2016). “Indigenizing” Food Sovereignty. Revitalizing Indigenous Food Practices and Ecological Knowledges in Canada and the United States. *Humanities*, 5(3), 57. <http://doi.org/10.3390/h5030057>
- CROATOAN. (2012, April). Who Is Oakland: Anti-Oppression Activism, the Politics of Safety, and State Co-optation. Escalating Identity. <https://escalatingidentity.wordpress.com/2012/04/30/who-is-oakland-anti-oppression-politics-decolonization-and-the-state/>
- Crow, s. (2014). *Black Flags and Windmills: Hope, Anarchy, and the Common Ground Collective*. (2nd ed.). PM Press.
- Cushing, L., Blaustein-Rejto, D., Wander, M., Pastor, M., Sadd, J., Zhu, A., & Morello-Frosch, R. (2018). Carbon trading, co-pollutants, and environmental equity: Evidence from California’s cap-and-trade program (2011–2015). *PLoS medicine*, 15(7), e1002604. <https://doi.org/10.1371/journal.pmed.1002604>

- Davidson, S. (2012). The Insuperable Imperative: A Critique of the Eco-logically Modernizing State. *Capitalism Nature Socialism*, 23(2), 31–50. <http://doi.org/10.1080/10455752.2012.674147>
- Dunlap, A. (2020). The direction of ecological insurrections: political ecology comes to daggers with Fukuoka. *J of Political Ecology* 27(1), 988-1014. <https://doi.org/10.2458/v27i1.23751>
- Dunlap, A., Sovacool, B. K., & Novaković, B. (2024). 'A Dead Sea of Solar Panels:' solar enclosure, extractivism and the progressive degradation of the California desert. *The Journal of Peasant Studies*, 52(3), 539-573. <https://doi.org/10.1080/03066150.2024.2388051>
- Dupris-Derí, F., & Pillet, B. (Eds.). (2023). *Anarcho-Indigenism: Conversations on Land and Freedom*. Pluto. Engel-Di Mauro, S. (2021). *Socialist States and the Environment: Lessons for Eco-Socialist Futures*. Pluto Press. Fassler, J. (2024, July 16). As California Regulators Refuse to Enforce New Orphan Well Rules, Lawmakers and Environmental Groups Cry Foul. *DeSmog*, <https://www.desmog.com/2024/07/16/ab-1167-crc-aera-energy-bond-california-regulators-refuse-to-enforce-new-orphan-well-rules-lawmakers-and-environmental-groups-cry-foul>
- Firth, R. (2022). *Disaster Anarchy: Mutual Aid and Radical Action*. Pluto Press.
- Franco, J., & Monsalve Suárez, S. (2017). Why wait for the state? Using the CFS Tenure Guidelines to recalibrate political-legal struggles for democratic land control. *Third World Quarterly*, 39(7), 1386–1402. <http://doi.org/10.1080/01436597.2017.1374835>
- Franks, B. (2020). Four Models of Anarchist Engagements with Constitutionalism. *Theory in Action*, 13(1), 32– 69. <https://doi.org/10.3798/tia.1937-0237.2002>
- Gilbert, D. (2024). *Countering Dispossession, Reclaiming Land*. University of California Press.
- Giraldo, O. F., & McCune, N. (2019). Can the State Take Agroecology to Scale? Public Policy Experiences in Agroecological Territorialization from Latin America. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7–8), 785–809. <https://doi.org/10.1080/21683565.2019.1585402>
- Giunta, I. (2014). Food sovereignty in Ecuador: peasant struggles and the challenge of institutionalization. *Journal of Peasant Studies*, 41(6), 1201–1224.
- Gonzalez, G. (2001). Democratic Ethics and Ecological Modernization: The Formulation of California's Automobile Emission Standards. *Public Integrity*, 3(4), 325–344. <https://doi.org/10.1080/15580989.2001.11770883>
- Goodman, D. (2015, February 18). Deep in the Amazon, a Tiny Tribe Is Beating Big Oil. *Our World*. <https://ourworld.unu.edu/en/deep-in-the-amazon-a-tiny-tribe-is-beating-big-oil>
- Graeber, D. (2009). Are You An Anarchist? The Answer May Surprise You! David Graeber. <https://davidgraeber.org/articles/are-you-an-anarchist-the-answer-maysurprise-you/>
- Holloway, J., Nasioka, K., & Doulos, P. (2020). *Beyond Crisis: After the Collapse of Institutional Hope in Greece, What?* PM Press.
- Hudis, P. (2023). *Alternative to Capitalism in Marx's Critique of the Gotha Program*. In K. Marx, *Critique of the Gotha Program* (K.B. Anderson & K. Ludenhoff, Trans., pp. 1-42). PM Press.
- INCITE! (2017). *The Revolution Will Not Be Funded: Beyond the Non-Profit Industrial Complex*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822373001>
- Jost, J. T. (2020). *A Theory of System Justification*. Harvard University Press.
- Jost, J. T. (2021). *Left and Right: The Psychological Significance of a Political Distinction*. Oxford University Press.
- Kass, H. (2022). Food anarchy and the State monopoly on hunger. *The Journal of Peasant Studies*, 50(3), 1187– 1206. <https://doi.org/10.1080/03066150.2022.2101099>
- Kass, H. 2025. "Trees give life. Police take it": Building and Fighting for Abolitionist Life-Worlds, from the Weelaunee Forest to Georgia's Jails. *Antipode*, 57(4), 1536–1556. <https://doi.org/10.1111/anti.70022>
- Kenney, Z. (2019). *Solidarity, Not Charity: Mutual Aid in Natural Disaster Relief*. [Master's thesis, Northern Arizona University]. <https://nau.edu/wp-content/uploads/sites/83/Kenney-FINAL-Thesis.pdf>
- Koch, M. (2020). The state in the transformation to a sustainable postgrowth economy. *Environmental Politics*, 29(1), 115–133. <https://doi.org/10.1080/09644016.2019.1684738>
- Koch, M. (2022). State-civil society relations in Gramsci, Poulantzas and Bourdieu: Strategic implications for the degrowth movement. *Ecological Economics*, 193(2022), 107275. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2021.107275>
- Kropotkin, P. (1902). *Mutual Aid: A Factor in Evolution*.
- La Via Campesina. (2015, December 10). The Guidelines on the Responsible Governance of Tenure at a Crossroads. *La Via Campesina*. <https://viacampesina.org/en/the-guidelines-on-the-responsible-governance-of-tenure-at-a-crossroads/>
- La Via Campesina. (2023, April 19). International Call - We are water defending itself! *La Via Campesina*. <https://viacampesina.org/en/2023/04/international-call-we-are-water-defending-itself/#:~:text=More%20than%20300%20peasant%2C%20indigenous%2C%20environmentalist%2C%20feminist%20and,to%20denounce%20the%20repression%20of%20the%20French%20government%21>
- La Via Campesina. (2023, December 9). VIIIth International Conference, La Via Campesina: Bogotá Declaration. *La Via Campesina*. <https://viacampesina.org/en/viii-international-conference-la-via-campesina-bogota-declaration/>
- Les Soulèvements de la Terre. (2024). Brief presentation of the current situation of Soulèvements de la Terre - September 2023. *Les Soulèvements de la Terre*. <https://lessoulevementsdelaterre.org/en-eu/blog/un-survol-de-lactualite-du-mouvement-des-soulevements-septembre-2023>
- Lewis, A. G. (2017). Imagining Autonomy on Stolen Land: Settler Colonialism, Anarchism and the Possibilities of Decolonization? *Settler Colonial Studies*, 7(4), 474–95. <https://doi.org/10.1080/2201473X.2016.1241211>
- Liévanos, R. (2012). Certainty, Fairness, and Balance: State Resonance and Environmental Justice Policy Implementation. *Sociological Forum*, 27(2), 481–503. <https://doi.org/10.1111/j.1573-7861.2012.01327.x>
- Lilley, S., & Soong, C. S. (Hosts). (2024, August 12). The Shack Dweller Movement. [Audio podcast episode]. In *Against the Grain*. KPFA. <https://kpfa.org/episode/against-the-grain-august-12-2024/>

- London, J., Karner, A., Sze, J., Rowan, D., Gambirazzio, G., & Niemeier, D. (2013). Racing climate change: Collaboration and conflict in California's global climate change policy arena. *Global Environmental Change*, 23(2013), 791–799. <https://doi.org/10.1016/J.GLOENVCHA.2013.03.001>
- Lopez, N. (2023, January 10). *Environmentalists say Newsom's budget cuts jeopardize climate programs, electric car mandate*. CalMatters, <https://calmatters.org/environment/2023/01/california-climate-budget/>
- Mdlalose, B. (2014). The Rise and Fall of Abahlali baseMjondolo, a South African Social Movement. *Politikon*, 41(3), 345–353. <https://doi.org/10.1080/02589346.2014.990149>
- Milstein, C. (Ed.). (2015). *Taking Sides: Revolutionary Solidarity and the Poverty of Liberalism*. AK Press.
- Norris, F. H., Stevens, S. P., Pfefferbaum, B., Wyche, K. F., & Pfefferbaum, R. L. (2008). Community Resilience as a Metaphor, Theory, Set of Capacities, and Strategy for Disaster Readiness. *Am J Community Psychol.*, 41(1-2), 127–150. <https://doi.org/10.1007/s10464-007-9156-6>
- Nove, A. (1983). *The Economics of Feasible Socialism*. Routledge.
- Palestine Action. (2021). *Why We Take Action*. <https://palestineaction.org/why-we-shut-elbit-down/>
- Patel, R. (2009). Food sovereignty. *The Journal of Peasant Studies*, 36(3), 663–706.
- Pellow, D. (2014). *Total Liberation: The Power and Promise of Animal Rights and the Radical Earth Movement*. University of Minnesota Press.
- Pew Research Center. (2023, September 19). *Americans' Dismal Views of the Nation's Politics*. <https://www.pewresearch.org/politics/2023/09/19/americans-dismal-views-of-the-nations-politics/>
- Pulido, L., Kohl, E., & Cotton, N. M. (2016). State Regulation and Environmental Justice: The Need for Strategy Reassessment. *Capitalism Nature Socialism*, 27(2), 12–31. <https://doi.org/10.1080/10455752.2016.1146782>
- Raekstad, P. (2019). The New Democracy: Anarchist or Populist? *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 23(7), 931–942. <https://doi.org/10.1080/13698230.2019.1585151>
- Ramnath, M. (2011). *Decolonizing Anarchism: An anti-authoritarian history of India's liberation struggle*. AK Press.
- Reid, C. (2017). *Bike Boom: The Unexpected Resurgence of Cycling*. Island Press.
- Reid Ross, A. (Ed.). (2014). *Grabbing Back: Essays Against the Global Land Grab*. AK Press.
- Rivera-Ferre, M. (2018). The resignification process of Agroecology: Competing narratives from governments, civil society and intergovernmental organizations. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(6), 666–685. <https://doi.org/10.1080/21683565.2018.1437498>
- Robbins, M. J. (2015). Exploring the 'localisation' dimension of food sovereignty. *Third World Quarterly*, 36(3), 449–468. <http://doi.org/10.1080/01436597.2015.1024966>
- Robinson, W. I. (2021). Crisis in Nicaragua: Is the Ortega-Murillo Government Leftist? (Part I) NACLA. <https://nacla.org/news/2021/08/17/crisis-nicaragua-ortega-left>
- Rocha, J. L. (2017, October 11). *Movimientos sociales en Nicaragua: ¿contra el sistema o contra el FSLN?* CETRI. <https://www.cetri.be/Movimientos-sociales-en-Nicaragua?lang=fr>
- Rolando, G., & Barletti, J. P. (2024). Indigenous Peoples as resources and resource makers in Peruvian Amazonia. *The Journal of Peasant Studies*, 52(3), 513–538. <https://doi.org/10.1080/03066150.2024.2374734>
- Roman-Alcalá, A. (2015). Broadening the Land Question in Food Sovereignty: A Case Study of Occupy the Farm. *Globalizations* 12(4), 545–558. <https://doi.org/10.1080/14747731.2015.1033199>
- Roman-Alcalá, A. (2018). (Relative) autonomism, policy currents and the politics of mobilisation for food sovereignty in the United States: the case of Occupy the Farm. *The International Journal of Justice and Sustainability*, 23(6), 619–634. <https://doi.org/10.1080/13549839.2018.1456516>
- Roman-Alcalá, A. & Glowa, M. (2020). Diverse Politics, Difficult Contradictions: Gentrification and the San Francisco Urban Agriculture Alliance. In A. H. Alkon, Y. Kato & J. Sbicca (Eds.), *A Recipe for Gentrification: Food, Power, and Resistance in the City* (pp. 179–201). New York University Press. <https://doi.org/10.18574/nyu/9781479834433.003.0009>
- Roman-Alcalá, A. (2021). Agrarian anarchism and authoritarian populism: towards a more (state-)critical 'critical agrarian studies'. *The Journal of Peasant Studies*, 48(2), 298–328. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1755840>
- Rosset, P. M. & Barbosa, L. P. (2021). Autonomía y los movimientos sociales del campo en América Latina: un debate urgente [Autonomy and rural social movements in Latin America: an urgent debate]. *Aposta: Revista de ciencias sociales*, 89, 8–31. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7836350>
- Schiavoni, C. M. (2015). Competing Sovereignities, Contested Processes: Insights from the Venezuelan Food Sovereignty Experiment. *Globalizations*, 12(4), 466–480. <http://doi.org/10.1080/14747731.2015.1005967>
- Schmelzer, M., Vetter, A. & Vansintjan, A. (2022). *The Future is Degrowth: A Guide to a World Beyond Capitalism*. Verso.
- Scott, J. (1985). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press.
- Scott, J. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. Yale University Press.
- Shannon, D., Nocella, A., & Asimakopoulos, J. (Eds.). (2012). *The Accumulation of Freedom: Writings on Anarchist Economics*. AK Press.
- Simpson, L. B. (2017). *As We Have Always Done: Indigenous Freedom through Radical Resistance*. University of Minnesota.
- Solnit, R. (2009). *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities that Arise in Disaster*. Penguin Books.
- Spade, D. (2020). *Mutual Aid: Building Solidarity During This Crisis (and the Next)*. Verso.
- Stirner, M. (2017). *The Unique and Its Property*. Ardent Press. (Original work published 1844).
- Thiemann, L., & Spoor, M. (2019). Beyond the "special period": land reform, supermarkets and the prospects for peasant-driven food sovereignty in post-socialist Cuba (2008–2017). *Canadian Journal of Development Studies*, 40(3), 1–18. <https://doi.org/10.1080/02255189.2019.1632174>
- Tilzey, M. (2019). Authoritarian populism and neo-extractivism in Bolivia and Ecuador: the unresolved agrarian question and the prospects for food sovereignty as counter-hegemony. *The Journal of Peasant Studies*, 46(3), 626–652. <https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1584191>
- Tramel, S. (2019). The Tenure Guidelines in Policy and Practice: Democratizing Land Control in Guatemala. *Land*, 8(11), Article 168. <https://doi.org/10.3390/land8110168>

- Umali, B. (2020). Pangayaw and Decolonizing Resistance: Anarchism in the Philippines. PM Press.
- van der Ploeg, J. D. (2008). The New Peasantries: Struggles for Autonomy and Sustainability in an Era of Empire and Globalization. Routledge.
- Vergara-Camus, L., & Kay, C. (2017). The agrarian political economy of left-wing governments in Latin America: Agribusiness, peasants, and the limits of neo-developmentalism. *Journal of Agrarian Change*, 17(2), 415–437. <https://doi.org/10.1111/joac.12216>
- von Redecker, S. & Herzig, C. (2020). The Peasant Way of a More than Radical Democracy: The Case of La Via Campesina. *Journal of Business Ethics*, 164(4), 657–670. <https://doi.org/10.1007/s10551-019-04402-6> Wald, N. (2014). Anarchist Participatory Development: A Possible New Framework? *Development and Change*, 46(4), 618–643. <https://doi.org/10.1111/dech.12136>
- Williams, D. (2017). *Black Flags and Social Movements: A Sociological Analysis of Movement Anarchism*. Manchester University Press.
- Woodhouse, P. (2010). Beyond Industrial Agriculture? Some Questions about Farm Size, Productivity and Sustainability. *Journal of Agrarian Change*, 10(3), 437–453. <https://doi.org/10.1111/j.1471-0366.2010.00278.x>
- Young, K. A., Banerjee, T., & Schwartz, M. (2018). Capital Strikes as a Corporate Political Strategy: The Structural Power of Business in the Obama Era. *Politics & Society*, 46(1), 3–28. <https://doi.org/10.1177/0032329218755751>
- Zibechi, R. (2012). *Territories in Resistance: A Cartography of Latin American Social Movements*. AK Press. Zoppi, M. (2019). Global Illegal, Unreported and Unregulated (IUU) Fishing in West Africa: Recent Trends and Historical Legacies. *East African Journal of Social and Applied Sciences*, 1(2), 1–12.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Alexander Dunlap y Josephine Becker: Editorial: [Introducción a la anarquía y el Decrecimiento: hacia ecologías de Decrecimiento rebeldes, prefigurativas e insurreccionales](#)
- Elena Salmansperger y Elina Turbina: [Subvirtiéndolo la propaganda del crecimiento verde: Decrecimiento, lucha autónoma y medios de comunicación](#)
- Franca Marquardt: [Confrontando la violencia: hacia un Decrecimiento insurgente e internacionalista](#)
- K. Michelle Glowa: [El Decrecimiento y la política anarcofeminista de las herbolarias de ayuda mutua: relaciones territoriales de cuidado, solidaridad y responsabilidad](#)
- Nishikant Sheorey: [Depowering Growth: What can degrowth learn from insurgent energy movements?](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Geocracia, el paradigma que va en pos del bienestar de la gente y el planeta y no del mercado](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Transitando a Geocracia — Paradigma de la Gente y el Planeta y No el Mercado — Primeros Pasos](#)
- Álvaro de Regil Castilla y Laura G. Vales: [«Geocracia propone establecer un contrato social con nuestro planeta»](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Decrecimiento y florecimiento, o seguir igual y perecer en el trayecto](#)
- Michael Löwy, Bengi Akbulut, Sabrina Fernandes y Giorgos Kallis: [Por un Decrecimiento Ecosocialista](#)
- Giorgos Kallis: [La Alternativa del Decrecimiento](#)
- Jason Hickel: [El Decrecimiento es una Cuestión de Justicia Global](#)
- Milena Büchs y Max Koch: [Desafíos para la transición hacia el decrecimiento: El debate sobre el bienestar](#)
- Nick Fitzpatrick, Timothée Parrique e Inês Cosme: [Explorando las propuestas para políticas de decrecimiento: Una cartografía sistemática con síntesis temática](#)
- Alberto Garzón Espinosa: [Los límites del crecimiento: ecosocialismo o barbarie](#)
- J. Barth y M. Jacobs: [Prosperidad Sostenible en un Futuro Incierto: Una agenda compartida entre el crecimiento verde y el decrecimiento](#)
- Los Editores de Monthly Review: [Nota sobre Los Límites del Crecimiento](#)
- John Bellamy Foster: [Decrecimiento Planificado: Ecosocialismo y Desarrollo Humano Sostenible](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca del autor:** Antonio Roman-Alcalá es profesor adjunto de Geografía y Estudios Ambientales en la Universidad Estatal de California - East Bay, y está especializado en sistemas alimentarios sostenibles, agricultura urbana, movimientos sociales, política del Área de la Bahía y aburguesamiento.

❖ **Acerca de este trabajo:** Este artículo fue publicado originalmente en inglés por [Degrowth Journal](#) como parte del número especial: Anarchy and Degrowth en diciembre de 2025. **Conflicto de intereses:** La autora no tiene ningún conflicto de intereses que declarar.



no recibió ninguna financiación para esta investigación. Quisiera dar las gracias a los editores por brindarme el espacio para compartir viejas ideas y aprender otras nuevas. Adrianna Requena, David Gilbert, Julien-François Gerber, Jun Borrás y Colin Clark me apoyaron con sus conversaciones y retroalimentación directa, que han influido y mejorado este artículo, junto con otros colegas. También quiero dar las gracias a las muchas personas con las que hablé, de las que escuché y que me inspiraron. Este artículo se publicó en el número de junio de 2024, como Guus Geurts, Tobias Daoud, Inea Lehner, Megan Gross, Jesús Nazario, Colin Anderson (y el equipo de Bloodgood, Malin Olofsson, Tefara Negash, Brenda Rodríguez, Adrianna y David (de nuevo) y los organizadores de la conferencia. Por último, mi agradecimiento de rigor a los movimientos que mueven el mundo (y a mí), incluyendo a todas las personas que luchan por aceptar una cultura genocida y ecocida, ya sea que hayan nacido en ella o que les haya sido impuesta.

❖ **Cite este**

J u s
B Y - N C -

trabajo como: Antonio Roman-Alcalá: Anarquismo, Decrecimiento y Soberanía Alimentaria: un Análisis de los Puntos en Común y las Tensiones — La Alianza Global Jus Semper, junio de 2026. Este artículo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-ND 4.0. Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.

❖ **Etiquetas:** capitalismo, democracia, decrecimiento, anarquismo, soberanía alimentaria, estrategia, praxis.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2026. La Alianza Global Jus Semper – Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussempor.org/Inicio/Index_castellano.html